

Hegemonía y contra hegemonía en una contrarrevolución neoliberal madura. La izquierda desconfiada en el Chile post-Pinochet^(*).

Rafael Agacino^() 23 enero 2006**

0. Introducción.

I. Las contrarrevoluciones neoliberales en América Latina. Aspectos conceptuales.

1. El neoliberalismo como proyecto hegemónico de las clases dominantes.
2. Contrarrevoluciones tempranas y tardías.
3. Procesos de constitución y desconstitución de los sujetos colectivos.
4. Los sujetos subalternos: estrategias de resistencia y estrategias de propuesta.

II. Chile 1973/75-1989: Una contrarrevolución neoliberal exitosa.

1. Etapas de la contrarrevolución 1973/75 a 1989.
2. Las principales transformaciones en el patrón de acumulación.
3. El éxito estratégico de las clases dominantes: crisis de los sujetos sociales y políticos subalternos.

III. Chile 1990-2005. Una contrarrevolución neoliberal madura.

1. El carácter de la transición pactada. Hegemonía y legitimidad del “neoliberalismo rosa”.
2. La coyuntura actual y el “cierre” de la transición política.
3. La coyuntura electoral del 2005 y las definiciones tácticas en la izquierda.
4. La izquierda confiada y el regreso a la política institucional.
5. La izquierda desconfiada. Lo viejo, lo nuevo y sus posibilidades.

5.1. ¿Desde dónde evaluar nuestra experiencia?

5.2. La necesidad de un debate sobre la política y sus métodos.

IV. No hay otra: Avanzar hacia la convergencia y la construcción de una masa crítica.

1. El horizonte: los constructores de la unidad sujeto-proyecto.
2. Tres fuerzas para una convocatoria intermedia.
3. Abriendo espacios para la convergencia: un proceso de diálogo organizado y eficiente.

^(*) Papel presentado a la reunión del Grupo de Trabajo Hegemonías y emancipaciones de CLACSO, 30-31 enero de 2006, Caracas. Buena parte de las ideas aquí presentadas ya han sido desarrolladas y registradas por separado en otros artículos, todos los cuales se señalan a pie de página. De seguro se advertirán repeticiones y fallos; solicitamos indulgencia a los compañeros y compañeras del GT; la premura por enviar esta versión ha sido enemiga de la prolijidad.

^(**) Profesor Universidad ARCIS; participa en los Colectivos de Trabajadores, CC.TT. de Chile. Comentarios a gmss@terra.cl.

0. Introducción.

Desde 1989, momento en que se concretó la derrota de la oposición más radical a la dictadura de Pinochet, ha pasado mucho tiempo y agua bajo el puente: casi 17 años, prácticamente el mismo tiempo que duró la dictadura. La desconstitución del movimiento popular y de trabajadores como sujeto gravitante que hoy nos afecta no es independiente de la trayectoria seguida por esos sectores. Por ello, preguntarse por lo acontecido con los militantes sociales que conformaron y conforman el activo de la “izquierda desconfiada”¹, aquella que a pesar de su exclusión de la transición pactada, logró subsistir organizada en colectivos u otras formas heterodoxas, no es un asunto trivial.

Desde hace más de una década este segmento ha venido acumulando memoria y saber político: desde el balance de las luchas antidictatoriales hasta una evaluación *in corpore* del efecto de las reformas estructurales, incluido el saldo crítico respecto a la relación con los partidos políticos populares y el impacto disolvente que el “retorno a la democracia” provocó sobre las organizaciones populares y de trabajadores. En todo este tiempo, esta franja ha logrado recomponerse frente al pragmatismo del socialismo converso, sobrevivir a los desvaríos de los mas duros e incluso sobreponerse a la perplejidad de la izquierda tradicional, proponiendo visiones, prácticas y acciones de construcción nuevas, en uno de los periodos mas difíciles para quienes mantienen vivo el ideario del socialismo.

Sin embargo todo este caudal de experiencias de construcción, de luchas e ideas, continúa disperso entre multiplicidades de colectivos que nacen, mueren y renacen. Ya es hora de evaluar las posibilidades que aquel torrente cuaje en “una síntesis histórica original”². Su potencialidad para dar paso a una “nueva política”, autónoma y originada desde lo social, debe evaluarse en la perspectiva de la construcción de una contra hegemonía, o dicho de otro modo, de una hegemonía “desde abajo” capaz de responder a las condiciones impuestas por la refundación capitalista impulsada por una contrarrevolución neoliberal ya madura

En este empeño se inscribe el presente papel. Se intenta mostrar como a través de un largo proceso de transformaciones se va asentando la hegemonía neoliberal encarnada por los sectores dominantes triunfantes mientras, como contracara, las clases y segmentos subalternos, atrapados por su pasado, no terminan de criticarlo ni dar paso tampoco a una nueva estrategia de contrahegemonía.

¹ El término “izquierda desconfiada” lo debemos a Agustín Dávila, militante revolucionario fallecido en 2003. Agustín fue presidente del CODEPU-Regional Santiago en 1983 y 1984 y con posterioridad al asesinato de Patricio Sobarzo (junio 1984), fundó junto a Verónica Salas y otros compañeros, el *Colectivo Amaranta* (abril 1985) cuyo órgano de difusión, el boletín *Punto Crítico*, aportó una nueva mirada a la táctica seguida por la izquierda revolucionaria y las perspectivas de la crisis que enfrentaba la dictadura; varias de las ideas de aquel entonces alimentarían, luego, la oleada de *colectivos* que surgirían durante los años noventa.

² Concepto introducido por Marco Cuevas, uno de los tantos jóvenes constructores que, después de iniciada la transición política, se abocaron a la construcción de los *colectivos universitarios*, organizaciones de nuevo tipo que abrirían paso a la activa franja de los “*Estudiantes por la Reforma*” en la primera mitad de los años noventa.

I. Las contrarrevoluciones neoliberales en América Latina. Aspectos conceptuales³.

1. El neoliberalismo como proyecto hegemónico de las clases dominantes.

Hasta la mitad de los años 70 del siglo pasado un número significativo de países capitalistas dependientes latinoamericanos funcionaron económica, social y políticamente influenciados por el paradigma del “estructuralismo desarrollista”. La mayoría adhirió al programa de la industrialización sustitutiva de importaciones dando preeminencia a los mercados internos, controlando el comercio exterior y la inversión extranjera, privilegiando el empleo y aplicando políticas de promoción social o de “compromiso” cercanas a las de un “Estado de Bienestar”.

Sin embargo, desde mediados de los años 70 o algo más tarde según los países, esas concepciones comenzaron a girar hacia políticas más liberales: los primeros experimentos se iniciaron más decididamente en el sur de América Latina. La muerte del Estado de compromiso o de “bienestar” partió con los “tratamiento de *shock*” antiinflacionarios y siguió luego, salvo excepciones, con el desmonte paulatino de todas las formas institucionales y jurídicas que garantizaban la satisfacción de demandas sociales y reconocían ciertos derechos de los sectores populares y trabajadores. Este proceso, acompañado de una profundización de la apertura al comercio mundial y de las reformas estructurales impulsadas por el BM en los años ochenta, gruesamente consistió en el establecimiento de una nueva relación entre **propiedad, escasez y racionalidad**. A este gran proceso le llamamos “**contrarrevolución neoliberal**” cuyo curso continúa hasta hoy a ritmos diferentes en cada país.

Decimos **contrarrevolución** por la radicalidad de sus orientaciones programáticas cuyo sentido puede sintetizarse en la negación de los **derechos generales de los trabajadores y de los movimientos populares**. A éstos se los reduce a individuos afectos a las reglas del mercado, y en el mejor de los casos, reconociéndoseles derechos económicos individuales; solo *individuales*, nunca colectivos o sociales. Y **neoliberal**, sobretodo porque lo que sustituye a la anterior institucionalidad – paternalista o de compromiso - que regulaba las contradicciones de clase, son ahora reglas de mercado que imponen **relaciones de carácter individual** con escaso o ningún tipo de regulación y lo más significativo, extendiendo éstas a esferas de la vida antes inimaginadas. El carácter neoliberal consiste precisamente en la desregulación de los mercados y la extensión de la racionalidad económica a la casi totalidad de las relaciones sociales al amparo de una nueva escasez instalada por la reapropiación privada de la riqueza material e inmaterial que se había socializado -o que aún se mantenía fuera del mercado - en el patrón capitalista anterior.

2. Contrarrevoluciones tempranas y tardías.

³ Estas ideas originalmente fueron planteadas en R. Agacino: *Los trabajadores frente a las transformaciones actuales del capitalismo en América Latina*, Taller de Movimientos Sociales del Foro Social Mundial II, Porto Alegre, mimeo inédito, 4 de Febrero de 2002. Existe edición electrónica en Red de Economía Mundial, REDEM, www.redem.buap.mx.

Sin embargo este proceso ha tenido ritmos distintos en cada país y región. Su diferente grado de aplicación es lo que permite hablar de contrarrevoluciones neoliberales **tempranas y tardías**.

Esta clasificación es útil para comparar procesos contemporáneos pero que constan de duración y profundidad diferentes. Las situaciones boliviana, argentina, chilena no se pueden comparar en términos directos sin considerar su data y menos afirmar, atendiendo a las simetrías existentes, que en un país el modelo funciona bien y en otro mal. La comparación no es inmediata.

En América Latina, Chile fue el primer país en que se impulsó una contrarrevolución de este tipo, y es sin duda, la más **temprana** y la más duradera de todas: el proceso viene desde 1975 y prosigue hasta hoy. Con tres décadas, esta contrarrevolución temprana está más que **madura**. Casi todas las transformaciones estructurales - la apertura al comercio, la extensión y predominio del mercado, la desresponsabilización del Estado respecto de la “cuestión social” y todas las demás reformas de nueva generación que conocemos - han sido ya realizadas. Incluso, las contradicciones que han ralentizado el crecimiento en los últimos años y las grandes brechas sociales y distributivas, deben entenderse **como propias de un neoliberalismo funcionado** y no como los costos iniciales de su implantación o de un modelo que no funciona. En realidad, éstas, manifiestan inequívocas contradicciones y signos de agotamiento de un modelo de acumulación maduro.

En este sentido vale la pena recordar que el modelo de “sustitución de importaciones” duró alrededor de cuarenta años, desde mediados de los veinte y la crisis de 1929 hasta mediados de los años 60. Chile, a la fecha, ha vivido 30 años bajo el neoliberalismo.

Otros países viven contrarrevoluciones que podríamos denominar de edad **mediana o media** porque tales procesos parten después de la crisis de la deuda externa (1982-83), cuando son obligados a adoptar las políticas de *shock* tipo FMI y luego a realizar los famosos planes de ajuste estructural del BM. Este es el caso, por ejemplo, de México con el gobierno de Miguel de la Madrid en 1983. Los procesos de apertura, de disminución drástica de los gastos fiscales, de promoción de exportaciones y de empobrecimiento durante “la década perdida de América Latina”, fueron la expresión de la segunda oleada de contrarrevoluciones neoliberales.

En otros casos, como Argentina, Perú, Bolivia y Ecuador, la contrarrevolución se inicia decididamente solo en los años 90. La dictadura militar argentina de 1976 mantiene en muchas esferas el corporativismo estatal; la contrarrevolución neoliberal se inicia recién con Menem, elegido en 1989. En el Perú no es Alan García (1985) sino Fujimori quien la implanta desde 1990; en Bolivia todo se acelera con Sánchez de Lozada a inicios de los noventa, lo mismo que en el Ecuador, hoy dolarizado. El mismo Brasil impulsa reformas neoliberales, pero no durante el proceso de democratización iniciado en 1985 con la elección de Tancredo Neves y el gobierno de su sucesor, José Sarney, ni con Collor de Mello (1989), sino fundamentalmente con Fernando Henrique Cardoso (1995). Son las contra revoluciones neoliberales **tardías**.

No obstante, hay que mencionar las excepciones, es decir, países en que las contrarrevoluciones ni siquiera lograron empezar. El paradigma es Venezuela que, por el contrario, bajo el gobierno de Chávez, potencia, amplia y concreta las posibilidades

de crecimiento y redistribución propias de las estrategias desarrollistas alternativas al neoliberalismo.

Distinguir entre los diversos tiempos de las contrarrevoluciones neoliberales tiene implicancias teóricas y prácticas centrales: permite entender que esas contrarrevoluciones, según sea su grado de madurez, se encuentran en diferentes estadios de cambios de su base económica, su base social o estructura de clases, de las estructuras jurídico políticas e incluso de los patrones culturales.

Como hipótesis de trabajo, se podría adelantar que una contrarrevolución neoliberal **madura** es aquella que ha subvertido el capitalismo en la **base económica** al imponer un nuevo patrón de acumulación, y consecuentemente, cambiado la **estructura de clases**. A éste último respecto, provocando la desaparición de segmentos completos de la clase obrera y del campesinado, de las capas medias y la emergencia de nuevos sectores de trabajadores, incluida en este proceso las mutaciones de la propia burguesía.

Pero también el ámbito de lo **político** se reconfigura. En esta esfera se ha instalado una suerte de **democracia virtual o “protegida”** como se la ha llamado en Chile, que poco se parece al ideal del “Estado benefactor” o de “compromiso”. Esta nueva democracia, cuyas únicas preocupaciones son la consolidación de instituciones que garantizan la libertad de contratos y aseguran la gobernabilidad político-social, ha vaciado al Estado en un doble sentido. Primero, como *medio de constitución de ciudadanía*, y segundo, como *espacio de resolución de contradicciones interburguesas*. El estado no sólo deja de ser instrumento de movilidad social sino también renuncia a su función política orientada a engendrar espacios ciudadanos: ya no educa cívicamente ni se ocupa de la promoción social o comunitaria. Así también, renuncia a todo proyecto país que no sea el del capital: decisiones como la integración económica, el destino y ritmo de las inversiones, la composición y nivel del gasto público, las reglas tributarias, etc., soslayan lo público y se toman en instancias *de facto* donde el poder está verdaderamente radicado: en el ámbito privado, el del capital, no en el público. Allí también, antes que en el Parlamento, se concilian las contradicciones interburguesas.

Finalmente, en la dimensión **cultural** predomina la desolidaridad, el **individualismo hedonista**, cuyo criterio práctico es la **racionalidad** económica sobre la base de una extensión de la **escasez** a todo lo susceptible de apropiarse formalmente. Está escasez, engendrada y cautelada por el mismo Estado y el derecho, expresa la extensión de la propiedad privada y las relaciones sociales capitalistas sobre casi la totalidad de los objetos, bienes y servicios públicos, incluida la riqueza inmaterial (social y cultural) actualmente disuelta en el mercado de la comunicación y la cultura. Y la escasez en medio de la abundancia no hace sino, en el dominio de la subjetividad, extender el individualismo que es la otra cara de la **desesperanza**.

La magnitud de estos cambios es tal que la propia consideración de una alternativa al modo de vida capitalista se vuelve una imposibilidad. Aquí la cuestión fundamental es que los **sujetos mismos** – en este caso los dominados- **están sumidos en un proceso de fragmentación objetiva y desconstitución subjetiva**. En efecto, el impacto de estas transformaciones es tal que ha disuelto en los hechos a los sujetos y actores de la cuestión pública o política. Y si la política es hecha por sujetos sociales, no por

individualidades, es decir, si no se trata de una política de *elite* sino de una hecha por sujetos colectivos, entonces, la consecuencia más notable de una contrarrevolución neoliberal madura es la **desconstitución** de sujetos políticos originalmente constituidos sobre bases objetivas ya disueltas o en camino de disolución.

Pero no se trata de una imposibilidad absoluta, trans histórica. La legalidad de los procesos sociales señala que en las grandes transformaciones los sujetos subalternos marchan siempre a trasmano, con retraso respecto de la evolución de las condiciones objetivas; su reconstitución demora o bien porque deben adecuarse a las nuevas condiciones o bien porque emergen precisamente a propósito de aquellas. En perspectiva, en las contrarrevoluciones maduras también discurre un lento un proceso **de constitución** subjetiva de nuevos sujetos cuya potencialidad, vale la pena mencionarlo, es “ser hijos de”, nacer de esas nuevas condiciones imperantes.

3. Procesos de constitución y desconstitución de los sujetos colectivos.

Vale la pena trabajar un poco más sobre el concepto de **sujeto colectivo**. A este respecto sirve distinguir una **categoría estadística** de lo que podríamos llamar sujeto colectivo social y sujeto colectivo político, o para simplificar **sujeto social** y **sujeto político**.

Esta distinción es muy útil cuando analizamos el desarrollo capitalista reciente en los países del Conos Sur de América Latina. Desde las dictaduras hasta el presente, podemos constatar que el conjunto de las nuevas condiciones ideológico-culturales, la represión política – incluida la represión cultural e ideológica - y las transformaciones económico-sociales, han buscado obligar a que los *sujetos políticos* populares muten en *sujetos sociales*, y éstos últimos, se reduzcan luego, a meras *categorías sociales*: un verdadero proceso de involución en toda la línea, la de los de abajo, por supuesto.

En Chile podemos mencionar un caso paradigmático: el movimiento de trabajadores, que bajo su forma de movimiento sindical en los años 72 -73, vivió un acelerado proceso de constitución como sujeto político, y en la actualidad, producto de la represión y las transformaciones de las últimas décadas, ha quedado reducido en muchos sectores prácticamente a un dato estadístico. ¿Qué duda cabe que hoy en Chile objetivamente hay trabajadores pero no movimiento de trabajadores?⁴

Por otra parte, una **categoría estadística** hace referencia a un grupo de personas que comparten alguna propiedad específica, sin que dicha propiedad o característica *aún se haya, si esto es posible, constituido en fuente de identidad colectiva*. Por ejemplo, un grupo de trabajadores cuya característica común es la venta de su fuerza de trabajo, es decir, la obligación de cada uno de vender su talento productivo para vivir. Si bien la principal fuente de ingreso que tienen todos es su capacidad de trabajo, por lo cual podríamos englobarlos bajo el concepto de “trabajadores asalariados”, no

⁴ Como veremos más adelante, esto tiene implicancias políticas centrales pues plantea un problema estratégico: la necesidad de un proceso de **constitución subjetiva** que reposicione a los trabajadores como actor político-social gravitante. Este proceso tiene sus exigencias y ritmos, en particular cuando, como ocurre en Chile, se ha vivido una transición histórica en la cual aún no madura el **sujeto adecuado** a la nueva estructura productiva, ocupacional y de calificaciones, es decir, adecuado a la nueva estructura de clases.

necesariamente tal condición los transforma en un colectivo consciente en cuanto grupo de trabajadores. Perfectamente podría tratarse de individuos a quienes *nada* los une, tal y como ocurre con los que hablan español o miden un metro setenta centímetros.

En consecuencia, si bien una categoría estadística se refiere a un grupo de personas que comparte una propiedad específica, ello no implica que estén *conscientemente relacionadas* y desarrollen formas de organización que les permitan reconocerse unas a otras y constituir un colectivo, una fuerza social en torno a dicha propiedad. En el caso que citamos, si todos somos trabajadores asalariados que vendemos nuestra fuerza de trabajo pero no tenemos ninguna forma de organización, un sentido común compartido, redes sociales de organización, entonces somos simplemente una categoría estadística.

Si los que poseen una propiedad potencialmente constitutiva empiezan a reconocerse unos a otros, a construir un sentido común, entonces comienzan a transformarse en sujeto social, en un sujeto colectivo contrastante con otros sectores de la sociedad a los que puede percibir como aliados u opuestos. Cuando ese sujeto se reconoce como tal y levanta una visión de sí mismo, manifestando intereses comunes por específicos que sean, estamos en presencia de un proceso de constitución subjetiva como fuerza social enfrentada al resto de los sujetos y fuerzas sociales.

Y si además este sujeto social tiene *una visión de la sociedad y desarrolla acciones conscientes en función de reproducirla o alternativamente de cambiarla*, entonces se ha constituido en un sujeto político tenga o no partido. Podrá ser conservador o reformador dependiendo de sus intenciones respecto del *status quo*, pero la *lógica de su acción como sujeto político*, su acción política conservadora o reformadora, ineludiblemente deberá relacionarse con el poder; con mayor razón si sus intenciones conservadoras o reformadoras transitan por la ruptura y asumen formas de violencia social.

Esta relación con el poder es insoslayable pues en la sociedad existen instancias, sobre todo instituciones oficiales, a las cuales legal o ilegalmente, legítima o ilegítimamente, deben recurrir las clases y sujetos políticos para tomar decisiones y hacerlas valer en función de sus intereses; se trata de decisiones que afectan al conjunto de la sociedad. Un sujeto social consciente que la defensa o el logro de sus intereses requiere disputar el poder, necesariamente debe constituirse en sujeto político, tenga o no un partido político en el sentido usual de este término. Lo que importa resaltar es que un sujeto político no puede sino actuar, salvo que desee suicidarse, en la esfera de *lo político* (en la esfera del poder fijado en las diversas instituciones y prácticas sociales) y que su accionar inmediato se dará en el campo de *la política*, en el campo de las correlaciones de fuerza entre los diferentes sujetos políticos en disputa.

Finalmente, podemos reconocer en la trayectoria histórica de los sujetos colectivos procesos de **evolución** e **involución**. Nos referimos con el primero a un proceso de desarrollo en los niveles de organización, identidad y conciencia, del paso de un estado inferior a uno superior; en nuestro caso, de la desconstitución a la constitución como sujetos colectivos. Con el segundo, por el contrario, al tránsito en sentido inverso: hacia la desconstitución. Este último proceso normalmente es forzado por una

represión destinada despolitizar a los sectores obreros y populares que han avanzado en su constitución política, y luego profundizado por las propias transformaciones económico sociales que “desgremializan”, es decir, que hacen involucrar a los sujetos desde sujetos sociales con identidad a mera suma de individuos atomizados, fragmentados, a categoría estadística.

4. Los sujetos subalternos: estrategias de resistencia y estrategias de propuesta.

La implicancia política de los apartados anteriores es inmediata: en las contrarrevoluciones neoliberales avanzadas o tempranas, la **construcción de sujetos** aparece como la tarea central por sobre la tarea de **conducción**.

Como sabemos, ésta última pone el acento en la **dirección** política de los procesos y es característica de la lucha política entre sujetos ya constituidos que disputan la viabilidad histórica de sus respectivos proyectos. Pero ¿qué sentido tiene plantearse ganar la dirección de sujetos sociales desconstituidos, que prácticamente no existen como sujetos sociales?.

En las contrarrevoluciones neoliberales más tardías – como Argentina o Brasil – sujetos fundados sobre bases o formas institucionales propias del desarrollismo, aún mantienen importantes niveles de organización y presencia. Por ejemplo, en México, Argentina y Brasil todavía existe la universidad pública y como tal gratuita; el **sujeto estudiantil** con derecho a la educación, forjado al amparo de esa universidad pública, aún encarna y proclama demandas que chocan radicalmente con las reformas neoliberales. En este caso el movimiento estudiantil, se mantiene como tal – aunque debilitándose lentamente- en el ámbito de la **resistencia** al proceso de consumación de unas transformaciones neoliberales que no logran imponerse plenamente. Este no es el caso de países donde hace más de un cuarto de siglo se implantó la privatización de la educación.

El problema del quehacer, de la acción política, es entonces más complejo. No hay una fórmula única pues en cada lugar los tiempos de la contrarrevolución neoliberal condicionan las circunstancias y sus posibilidades. **Nos movemos entre las estrategias de resistencia y las de propuesta.**

Más complejo aún. Hay contrarrevoluciones neoliberales muy tardías cuyo principal problema ha sido la existencia de fuerzas sociales constituidas sobre bases objetivas todavía intocadas; este hecho ha permitido a tales fuerzas elaborar y ejercer con efectividad estrategias de **resistencia** capaces de bloquear decisivamente la instalación neoliberal. Claramente este proceso político que ha conducido ha “empates relativos” entre fuerzas populares y neoliberales, es distinto a aquél en que las contrarrevoluciones han sido más tempranas e impuestas bajo condiciones de dictadura. En este último caso, si bien subsisten luchas de resistencia, la cuestión central es la elaboración de alternativas, **estrategias de propuesta**, capaces de asumir las transformaciones ya realizadas.

En Argentina, desde Menem a De la Rúa, el neoliberalismo no logró consolidarse y fue incapaz imponer una solución efectiva a la crisis financiera como sí lo hizo, por ejemplo, Pinochet frente al crack de la deuda externa en 1982-83: éste remontó la crisis sin alterar las bases del modelo e incluso los *chicago boys* recuperaron prontamente su rol conductor. Por cierto esta solución neoliberal se sustentó en la

manu militari, pero, también, y esto es central, *sobre la base de casi 10 años previos de transformaciones* radicales iniciadas poco después del golpe de 1973. Por el contrario, mirado ahora el asunto desde las fuerzas contra neoliberales, en la Argentina y a diferencia de la crisis chilena, la lucha frontal de los sectores populares logró incluso bloquear el proceso, no obstante, como fue quedando en claro al transcurrir los meses, la oposición fue adquiriendo más el carácter de resistencia a la política económica que el de una propuesta para un nuevo país. La ausencia de una alternativa al neoliberalismo impidió a ésta avanzar en una salida propia; otro desenlace.

Así, la situación argentina se tornó en una suerte de **empate social** que prolongó la crisis; su duración pasó a depender de cuanto demorara la burguesía en conciliar un nuevo pacto interburgués, pues no había una propuesta popular que diera solución de continuidad a la exitosa demanda “*que se vayan todos*”. El drama del país fue entonces que mientras no se resolviesen tales contradicciones interburguesas, predominaba el empate relativo a la par que el conjunto de la situación empeoraba. Se trataba de un país cayéndose a pedazos.

Es también lo que pasó en Ecuador, donde el pueblo tumbó a dos gobiernos sin poder avanzar, en medio de un empate relativo, mas allá de la resistencia a los programas neoliberales.

En ambos casos, pues, se ha tratado de pueblos capaces de colocar en jaque a los gobiernos con una lucha heroica pero mostrando a la vez, no estar lo suficientemente robustos como para hacer madurar una alternativa al neoliberalismo tardío.

En países donde discurren contrarrevoluciones neoliberales tardías normalmente predominan estrategias de resistencia orientadas a lograr que sobreviva la educación pública, que la salud no se siga privatizando, que subsistan leyes especiales de pensiones, que se mantengan políticas especiales para la agricultura, etc. Paralelamente, si se trata de naciones con fuerte población rural e indígena, tales estrategias son de resistencia contra empresas transnacionales que van invadiendo el campo, cambiando el curso de los ríos, apropiándose de las aguas, talando los bosques.

En todos estos casos, se trata de estrategias de resistencia contra la instalación del neoliberalismo, no de *estrategias de propuestas* frente a un neoliberalismo ya instalado, como obligadamente deberá ocurrir con la acción de los sujetos sociales emergentes en los países de contrarrevoluciones neoliberales maduras. En este sentido, está por ver que ocurrirá en Bolivia con el nuevo gobierno electo.

En el caso chileno, por ponerlo en negro y blanco, no hay nada contra lo cual resistirse; ha sido todo privatizado⁵. Tenemos una contrarrevolución neoliberal madura, con un proceso de desconstitución profundo y un proceso de *reconstitución*

⁵ Incluso es una ilusión resistir la privatización del cobre defendiendo el carácter estatal de CODELCO. En los hechos éste *ya ha sido privatizado* a pesar que CODELCO siga siendo empresa del Estado: hoy más del 70% del cobre producido y exportado lo es por firmas privadas. Por cierto, esto no obsta para la defensa del carácter estatal CODELCO por otros motivos, por ejemplo, por su aporte al presupuesto fiscal. Lo que se quiere resaltar es que la relación “riqueza nacional-propiedad estatal-empresa pública”, aquella que orientó las grandes luchas por la nacionalización en el siglo pasado, hace tiempo dejó de operar en la realidad concreta e incluso en el sentido común de la gran masa de trabajadores.

emergente cuyos perfiles todavía desconocemos. En consecuencia, en estos casos, el problema no es la conducción o dirección política de sujetos ya constituidos, sino más bien cómo intervenir y estimular la reconstitución de los sectores emergentes cuya configuración subjetiva tiene la virtud y obligación **de encarnar desde la partida propuestas alternativas al capitalismo neoliberal**.

Por ello, más allá de las acciones de resistencia puntuales, el problema principal que los luchadores y militantes en Chile deben resolver es como hacer madurar equilibradamente la constitución de fuerza social y de fuerza teórica o programática, es decir, ni pura organización social sin norte, ni puro programa sin sujeto. Se trata de la vieja dialéctica entre **sujeto y proyecto**, pero que, adecuada a las condiciones de las contrarrevoluciones neoliberales maduras, significa plantearse que el problema de la reconstitución de los sujetos subalternos no puede sino hacerse *desde una perspectiva de construcción de alternativas más que de estrategias de resistencia*.

Las luchas sociales son y van a ser polimorfas, de múltiples formas y variedades. Hay que entender cuáles son sus alcances y sus límites. La lucha contra el neoliberalismo no es una lucha única y similar en todos lados aunque se trate de luchas que pueden converger o unificarse. Lo importante es avanzar hacia una suerte de síntesis entre estrategias de **propuesta** y estrategias de **resistencia**, con alianzas cruzadas (sectorial e internacionalmente), con miras a la construcción de alternativas al modo de vida capitalista.

II. Chile 1973/75-1989: Una contrarrevolución neoliberal exitosa

1. Etapas de la contrarrevolución 1973/75 a 1989.⁶

Desde el golpe del 11 de septiembre de 1973 hasta la salida de Pinochet del gobierno, el capitalismo y la contrarrevolución neoliberal chilena han transitado por dos etapas claramente distinguibles.

La primera va desde 1974/75 a 1982/83. Este período, es el que podríamos llamar la **etapa fundacional** de la contrarrevolución neoliberal, termina con la crisis de la deuda externa cuya manifestación inmediata fue la quiebra generalizada de empresas productivas, el colapso del sector financiero y la masificación y ampliación de los programas especiales de empleo orientados a mitigar tanto el efecto del *shock* antiinflacionario inicial como el derivado de la propia crisis.

Este momento fundacional se iniciará sólo una vez resueltas las contradicciones interburguesas al interior del bloque golpista, pues, al interior de las propias FF. AA., la derecha y los partidos que apoyaron el golpe, no había consenso respecto de un proyecto neoliberal para Chile. Los años 1974-73 marcan el verdadero momento de la contrarrevolución neoliberal por cuanto entre 1973 y 1974-75 se manifiesta un interregno respecto del proyecto hegemónico, el que orientaría la estrategia de reconstrucción que adoptará la dictadura; lo que se observa es una disputa, al interior

⁶ Parte de las ideas aquí planteadas están en R. Agacino: *El Chile neoliberal y el movimiento de trabajadores: buscando salidas*, mimeo inédito, octubre 2001, Concepción. Existe edición electrónica: Red de Economía Mundial, REDEM, www.redem.buap.mx.

del bloque golpista y de la propia Junta de Gobierno, entre las visiones *fascistas-corporativas* y las *neoliberales*⁷.

Es sólo a partir de fines de 1974 y comienzos de 1975 cuando llega al poder la influencia de los *chicago boys* logrando imponer una visión neoliberal en el campo de la política económica. Desde ese entonces quedará claro que no se tratará exactamente de una dictadura fascista como se pensaba dada la fuerte represión desatada sobre el conjunto de la sociedad. El fascismo como concepción general suponía la gremialización por medio de sindicatos incorporados al estado, un cierto populismo redistributivo, una gran presencia del estado en la producción y regulación de acuerdo a un Plan de Desarrollo Nacional. En realidad lo que se comenzará a implementar será lo contrario: liberalismo en la economía, reducción del “tamaño” del Estado en cuanto productor y regulador, ausencia de política industrial, etc.

En este sentido, la dictadura chilena no deja de ser original, pues, desde 1975 y de ahí en adelante, se producirá una extraña alianza que constituirá el *bloque en el poder* prácticamente durante casi dos décadas: por una parte, el **integrismo católico**, representado por Jaime Guzmán, la posición más reaccionaria dentro del pensamiento católico; por otra el **neoliberalismo** de los *chicago boys* - los famosos economistas que estudian en Chicago y que hasta entonces no habían tenido su oportunidad histórica - y finalmente, lo que podríamos llamar una suerte de **neo Doctrina de Seguridad Nacional** que si bien es “organicista” en su concepto de Estado y reclama un Estado políticamente fuerte, muy rápidamente se traviste negando a éste su rol de garante de la seguridad económica nacional (energética, alimentaria, etc.) como a la vez el lugar de las “empresas estratégicas” en una estrategia de desarrollo, definiciones muy propias de la geopolítica del militarismo tradicional. Hay una fusión entre los integrismos religiosos y económicos, protegidos por la férula de la *manu militari*, la cual se dedica a velar por una “sociedad abierta” manteniendo a raya a “sus enemigos” al más puro estilo “hayesiano”. Se trata del momento fundacional de la contrarrevolución neoliberal chilena.

Patria y Libertad, la organización política más declaradamente fascista no se convertirá en un partido de estado ni constituirá como tal el bloque de poder; al contrario, será disuelta y reducida a un mero aparato represivo; su ideario acerca del estado corporativo de inspiración franquista se perderá tanto como su profeta⁸. Y en el campo de la economía, la dinámica predominante desde entonces será liberal: la desregulación de los precios que luego, con la aplicación del *shock* antiinflacionario de Cauas permitirá reducir la inflación hacia 1976; la contrarreforma agraria con la extensión del capitalismo en el campo; la apertura de la economía al comercio mundial real y financiero, la baja sistemática y drástica de los aranceles, la unificación del tipo de cambio, etc.

⁷ Por citar un caso, hubo generales golpistas como Bonilla cuya visión de la reconstrucción nacional en nada se parecía a la de los *chicago boy*, y aunque cristiano, tampoco empataba con las del integrismo católico. Bonilla, murió a propósito de un singular e inesperado desperfecto del helicóptero que lo desplazaba por el país en su calidad ministro de la Junta golpista.

⁸ Se trata de Pablo Rodríguez, reconocido penalista, quién nunca tuvo su lugar en la dictadura. Paradojalmente ha sido el único civil decididamente leal hasta hoy con Pinochet. Treinta años después, hoy dirige su defensa jurídica en los tribunales mientras la derecha y la propia burguesía hace buen rato se lavó las manos y abandonó al ex dictador y su régimen.

Los economistas neoliberales, mezcla de tecnócratas semi autónomos en doctrina e intelectuales orgánicos de la burguesía monopólica-financiera en proceso de transnacionalización, se enfrentarán a ciertos sectores empresariales – los anclados a los mercados reales internos y al Estado promotor del modelo de sustitución de importaciones, ISI - argumentando que la liberalización de los mercados permitirá la competencia y por tanto el desarrollo de acuerdo a los estándares mundiales y evitará la reproducción de las ineficiencias del proteccionismo.

Los *chicagos boys* finalmente lograrán hegemonía y aún con la oposición del desarrollismo nacionalista burgués, impondrán el proyecto neoliberal como programa de estratégico de la contrarrevolución (1975-1982), y mas tarde, durante la propia crisis (1982-1983) y años siguientes, lograrán aplicar los ajustes exigidos por el FMI y desarrollar completamente el programa de reformas estructurales del Banco Mundial, aún a costa de la burguesía media y pequeña. Este temprano triunfo neoliberal, mostrará cómo un sector de la burguesía chilena y del imperialismo norteamericano – el más neoliberal - desplazaba en toda la línea a los sectores corporativistas y keynesianos en lo económico y fascista o demo-liberales en lo político.

Esta fase se consolida en parte por la Constitución del 80 y las leyes orgánicas posteriores y culmina abruptamente con el advenimiento de la crisis de 1982/83.

En el momento de la crisis del 1982-83, sin embargo, el poder de la Santa Alianza entre los fundamentalismos religioso y económico y los duros del Estado policial se trizó, aunque levemente.

En lo económico, los *chicago boys* trastabillaron aunque prontamente recuperaron su lugar. Desde la perspectiva técnica, operaron en dos direcciones con efectos de corto y largo plazo. En lo inmediato, se devaluó la moneda nacional, se disminuyó el gasto público y redujo abruptamente los salarios reales cerrando la brecha externa a pie forzado en menos de tres años. En lo mediato, se abrió un espacio de negociación de la deuda externa, primero, transformando toda la deuda privada del gran capital en deuda pública, y segundo, ofreciendo un mecanismo de “capitalización” cuya lógica fue pagar (recomprar los “pagaré de la deuda”) con activos productivos estatales lo cual implicó una segunda oleada masiva de privatizaciones (la primera había sido la devolución de las firmas estatizadas por Allende), esta vez dirigida a capitales trasnacionales.

Desde el punto de vista político, contribuyó de manera decisiva a mitigar este momento de debilidad -que incluso permitió la emergencia de generales y civiles de sesgo nacionalistas que lanzaron una ofensiva contra los neoliberales en los campos de economía y la política- el predominio de las fuerzas neoliberales en los países centrales: la Thatcher en la Inglaterra de 1978 y Reagan en USA de 1980, sostenes ideológicos de la dictadura chilena. Ya estaba firmado el consenso de Washington, acuerdo que fijaba una línea explícitamente neoliberal para el tercer mundo.

Así, como el ave fénix y de la mano del heterodoxo ministro de economía Buchi, desde 1984/85 el neoliberalismo se recompone y recupera su rol en el bloque de poder.

Con Buchi, podemos afirmar, comienza la **segunda etapa** de la contrarrevolución neoliberal que se extenderá hasta 1990. Se trata de la fase en que se **profundizan las reformas extendiéndolas a nuevas esferas de la vida económica, social e institucional** del país. Es también una fase de consolidación objetiva – los planes de ajuste estructural impulsados por el Banco Mundial - del modelo económico neoliberal. Se implementan las leyes orgánicas constitucionales de educación superior, de AFP (sistema previsional privado), de ISAPRES (salud privada), el código minero, etc., y se paga la deuda externa privada por medio de la venta generalizada de activos productivos que, en la práctica, significó una **segunda oleada de privatizaciones**. Incluso esta segunda oleada es diferente de la anterior pues no se trató de una mera reprivatización de empresas que el gobierno de Allende había pasado al área social. No, esta vez se enajenaron otras firmas estatales productoras de bienes así como las vinculadas a la producción de servicios de utilidad pública (electricidad, transporte, agua, gas, comunicaciones, etc.), para luego, desde el Estado, estimular la emergencia de actividades privadas comerciales en ámbitos antiguamente exclusivos de los servicios públicos: salud, educación, previsión. Es la materialización de las definiciones doctrinarias establecidas en la Constitución del 80 y sus leyes orgánicas. Esta segunda oleada, como se comprende, **consistió en una profundización y extensión de la lógica de mercado a esferas antes no mercantiles de la vida social** del país.

Entre tanto, la política de *shock* dio resultado prontamente: a partir de 1984 la economía recuperaría su senda de crecimiento y no se detendría hasta 15 años después (1999). Paralelamente las reformas estructurales continuarían aplicándose, primero, por la dictadura, y luego, a partir de los años noventa, después de la transición a la democracia, por los gobiernos civiles, incluida la izquierda reconvertida. A mediados de los ochenta la economía se había recuperado por medio de medidas claramente estatistas y se iniciaba una senda de crecimiento y transnacionalización que alimentaría un ciclo de expansión hasta mediados de los noventa.

Lo notable de este proceso, en especial aquél que se desencadena con posterioridad a la crisis de la deuda externa, es que **el bloque en el poder supo equilibrar los intereses parciales de las fracciones del gran capital con los “intereses generales” que, para los neoliberales criollos, se resumían en los fundamentos doctrinarios del modelo**. Naturalmente, esta reestructuración implicó también una derrota estratégica del movimiento de trabajadores y popular y del conjunto de la izquierda.

Por ello, a pesar que la receta de *shock* del FMI y ajustes estructurales del BM se aplicó en todos los países de la región, sólo en Chile resultó efectiva. Aquí no hubo “sálvese quien pueda” sino un proceso suficientemente ordenado de reestructuración capitalista que permitió superar la crisis, sostener el modelo y prolongarlo mas allá de la dictadura.

El ajuste fue tan radical y las reformas tan profundas que los efectos de largo plazo se dejan sentir hasta el presente cuando seguimos viviendo bajo el mismo modelo.

Todo esto por supuesto con costos sociales de magnitud.

A mediados de los ochenta el balance era: la mitad o más de la población en condiciones de pobreza; más de un cuarto de la fuerza de trabajo desempleada y un deterioro estructural de las condiciones de trabajo que generalizaría lo que en los años noventa se conocería como “empleo precario”. A fines de la misma década, se terminaba con una desnacionalización de la mayor parte de las empresas de utilidad pública y productivas traspasadas a las transnacionales y con una reorientación definitiva de la inversión y producción hacia la explotación de recursos naturales y los mercados externos. Se consolidarían las reformas estructurales extendiendo la privatización de la salud, la educación y la previsión y formalizando la desregulación de los mercados, en especial el mercado de trabajo.

Así, a fines de los años ochenta, el *Estado desarrollista y de compromiso*, nacido en la década de los treinta y confirmado por el estructuralismo cepaliano de los cincuenta, recibía su tiro de gracia, el definitivo⁹.

Todo este período, el que va desde 1973/75 a 1982/83 y sobre todo el que sigue hasta inicios de los años noventa, es un largo trayecto en que predominan los **procesos de desconstitución** por sobre las **tendencias de constitución** de nuevos grupos populares y de trabajadores. Incluso debe considerarse aquí el efecto sobre las propias “clases medias” forzadas a “descorporativizarse” (pequeña burguesía no propietaria) o simplemente a desaparecer (pequeña burguesía propietaria). Este es un resultado directo de las transformaciones estructurales que hemos mencionado.

¿Cómo ocurrió que durante este largo proceso el movimiento de trabajadores y popular fuera reducido prácticamente a una mera categoría estadística: la “gente”? Y también: ¿porqué hasta hoy la estrategia que los trabajadores organizados han impulsado, al igual que otros sectores sociales, no logra romper esa barrera de hierro que impide frenar la fragmentación y reconstituir “el tejido social”?

Un avance en la respuesta a las preguntas anteriores puede obtenerse urgando en la forma en que hoy operan los procesos de valorización del capital, en la forma que han adoptado los procesos productivos y de trabajo. Estas transformaciones son parte central en cualquier respuesta que comprenda como decisiva la relación entre lo económico y lo político.

2. Las principales transformaciones en el patrón de acumulación¹⁰.

Chile ha sido el laboratorio en que las corrientes neoliberales mundiales y criollas han ensayado toda su ingeniería social; como es sabido, aquellas han buscado construir un capitalismo “perfecto” cuya mayor virtud fuera la imposibilidad de toda alternativa al orden neoliberal, la imposibilidad que desde su propio interior pudiera surgir cualquier deseo por impugnar seriamente las bases de la sociedad modelo. Primero

⁹ Una discusión detallada sobre los patrones de acumulación desarrollista y neoliberal se encuentra en R. Agacino, *Acumulación, distribución y consensos*, PET, *Revista de Economía y Trabajo*, año II, Nro. 4, Santiago, 1994. Hay versión electrónica en REDEM: www.redem.buap.mx.

¹⁰ Ver R. Agacino: *Notas sobre el Capitalismo Chileno y antecedentes sobre derechos generales de los trabajadores*, revista *Economía Crítica y Desarrollo*, Año I, N°2, Semestre II, Santiago. Existe edición electrónica en Red de Economía Mundial, REDEM, www.redem.buap.mx.

con Pinochet y los *chicago boys*; luego con los gobiernos civiles y los *neoliberal rose boys*, el modelo chileno, el experimento chileno, marcha ya hacia sus treinta y dos años. **Se han realizado y consolidado prácticamente todas las reformas estructurales y el programa de la contrarrevolución neoliberal está maduro:** se ha configurado un país muy distinto de aquél que existió hasta 1973.

En el ámbito económico-social los principales resultados de este proceso pueden resumirse en cuatro grandes características estructurales:

(a) *Una integración mundial basada en circuitos productivos transnacionalizados.* Una de las características de la reorganización mundial de la producción impulsada por el capital transnacional ha sido la segmentación internacional de las cadenas de valorización. Este proceso, que ha incluido también la exportación de partes de circuitos productivos desde el centro a la periferia, ha dado paso a cadenas mundiales de acumulación cuya dinámica se explica por el aprovechamiento transnacional de las ventajas institucionales, naturales y de costos de fuerza de trabajo que ofrecen los diferentes países y regiones forzados a globalizarse. Esta ha sido una de las formas principales por medio de las cuales el capitalismo dependiente chileno, trizado por zonas y ramas dinámicamente mundializadas y otras en franca decadencia, ha pasado a ser pieza de la economía mundial¹¹.

(b) *Una fuerte centralización del capital cuyas formas predominantes han sido la integración horizontal y la fragmentación productiva.* Paralelamente y en muchos casos como consecuencia del carácter que ha tomado el proceso de integración mundial, la estrategia predominante del mediano y gran capital con asiento en Chile, ha sido la conformación de *holdings* cuya capacidad de comando se extiende intra y transectorialmente a través de filiales creadas *ad hoc* y de las diversas formas de subcontratación orgánica que éstos implementan. Así, grupos completos de firmas cuya existencia formal y giro aparentan independencia jurídica y económica, en rigor, corresponden a unidades productivas y de servicios satélites férreamente integradas a cadenas de valorización transversales comandadas por las empresas madre. Contrariamente a los años sesenta, esta vez los procesos de centralización superan la especialización por rama y dan paso a estrategias de acumulación conglomerales¹².

(c) *Una profundización de la heterogeneidad sectorial y territorial.* A nivel sectorial es posible distinguir al menos cuatro segmentos empresariales y productivos: primero, el conformado por los *holdings* ligados a la explotación de recursos naturales, a “monopolios naturales”, comerciales y/o financieros; segundo, las empresas medias y pequeñas vinculadas satelital o semi-autónomamente a los sectores más dinámicos; tercero, el conjunto conformado por las empresas medias y pequeñas ligadas a sectores estancados incluyendo la producción y servicios de menor escala para consumo popular urbano, y finalmente, la producción de autoconsumo rural y semi

¹¹ Este proceso de integración *de facto*, su forma y consecuencias, está descrito y analizado con más detalle en R. Agacino: *La Anatomía de la Globalización y la Integración Económica* en Nuevos rumbos para la Integración ante el desafío de la globalización, Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello, 1997, La Paz, Bolivia.

¹² Una discusión respecto de las características del patrón de acumulación chileno, en particular respecto de las formas que toma la centralización y concentración del capital y sus efectos, puede encontrarse en R. Agacino: *Acumulación, Distribución y Consensos en Chile*; Revista Economía y Trabajo, Año II, N°4, 1994, Programa de Economía del Trabajo, PET, Santiago, Chile.

rural¹³. Cifras del Servicio de Impuestos Internos¹⁴, indican que de un universo de 533.351 empresas no agrícolas ni financieras que registraron ingresos en 2003, sólo un 1,2% de ellas (6.423 grandes firmas) monopolizan el 82,7% de las ventas anuales del país. Coexisten con las grandes firmas un segmento de 185.136 PYMES cuya participación en las ventas totales anuales alcanza al 16,3% y unas 341.792 micro-empresas cuya participación en las ventas alcanza sólo al 0,9%. Estos datos sirven para confirmar no sólo el alto nivel de centralización ya mencionado sino principalmente la tremenda brecha de “tamaño” existente entre las empresas urbanas no financieras. Esta heterogeneidad productiva se expresa también territorialmente a lo largo del país, observándose zonas de auge (el norte grande de la gran minería del cobre, el sur de la madera y la celulosa), estancamiento (Valparaíso y su industria) o decadencia (las comunas del norte chico ligadas a la pequeña minería o las del sur con sus pequeños cultivos tradicionales), ocurriendo incluso que una misma región sea afectada por los tres procesos a la vez¹⁵.

(d) *La extraversion de la dinámica y orientación del proceso de acumulación.* Un país cuyos circuitos productivos estratégicos se internacionalizan de modo que los capitales transnacionales operando *in situ* pueden decidir sin más si continúan o no las inversiones, está renunciando a su soberanía. La forma que ha tomado el proceso de integración a la economía mundial, el desmontaje de la institucionalidad estatal reguladora y el tipo de colusión subordinada con que el capital doméstico se vincula al capital transnacional, ha significado una grave pérdida de soberanía sobre los procesos de acumulación que ocurren en el propio territorio, volviéndonos totalmente dependientes y haciendo que la independencia política sea cada vez más una cuestión estrictamente formal. La orientación del crecimiento (los fines) y su dinámica, tal y como ha ocurrido especialmente durante los últimos años, han estado determinadas principalmente por las lógicas -no siempre coherente entre sí ni menos acorde a los intereses de las grandes mayorías del país- de las diferentes fracciones del capital transnacional que se han asentado en Chile.

Las características anteriores se reproducen a través de un conjunto de otras tendencias más específicas. En el mercado de trabajo, por ejemplo, éstas imponen ciertos requisitos y generan un conjunto de efectos que explican con mucho la situación actual de los trabajadores y sus familias.

Las principales características a nivel de la organización de los procesos productivos y el mercado de trabajo¹⁶, son:

¹³ La más reciente investigación sobre la innovación técnica en el campo prácticamente permite afirmar que las “pequeñas unidades productivas agrícolas” en realidad corresponden simplemente a *hogares pobres* residentes en el campo. Véase INE: *Investigación sobre innovación tecnológica en la agricultura. Resultados preliminares*, INE, octubre 2000, Santiago, Chile.

¹⁴ Incluye los sectores minería (C), Industria (D), EGA (E), Construcción (F), Comercio (G), Hoteles y restaurantes (H) y Transporte y Comunicaciones (I).

¹⁵ La VIII región es el paradigma del desarrollo desigual: reúne en un solo territorio el dinamismo exportador con base en la explotación de recursos naturales, el estancamiento industrial y la decadencia del carbón.

¹⁶ Un análisis de los cambios en los procesos productivos y el funcionamiento del mercado de trabajo bajo el neoliberalismo puede encontrarse en F. Leiva y R. Agacino: *Mercado de Trabajo Flexible, Pobreza y Desintegración Social en Chile: 1990-1994. Documentos ARCIS-OXFAM/UK-I*, 1994, Santiago, Chile. También en R. Agacino: *Reestructuración Productiva, flexibilidad y empleo en condiciones de crecimiento prolongado. Lecciones del caso chileno*, en *El Trabajo en un mundo globalizado*, Gerardo Fujii y Santos M. Ruesga (Coordinadores), Ediciones Pirámide, 2004, Madrid, España.

(a) Un mercado de trabajo desregulado como condición de la competitividad internacional e interna. En todos aquellos casos en que las empresas no pueden resguardar su tasa de ganancia trasladando fácilmente los mayores costos a precios (sectores transables internacionalmente, sectores con precios regulados), realizando innovación tecnológica “dura” (en materiales, maquinaria y equipo de punta) o aprovechando ventajas naturales (sectores rentistas), las condiciones de uso de la fuerza de trabajo y de su compra y venta siguen siendo variables clave. En nuestro país, más del 80% del empleo es generado precisamente por empresas que no tienen o son renuentes a tales opciones; éstas protegen sus tasas de ganancia exigiendo cada vez más flexibilidad de costos por compra y uso de la fuerza de trabajo. Esta presión, que por cierto coincide con la necesidad más global del capital de mantener a raya a los trabajadores, se extendió y continúa extendiéndose a la mayoría de los trabajadores.

(b) Fuerte segmentación de las ocupaciones y heterogeneidad de las relaciones laborales. La fragmentación productiva -que se extiende en muchos casos desde la casa matriz hasta el trabajador a domicilio pasando o no por las medianas y pequeñas empresas y talleres productivos- ha generado una fuerte segmentación en la estructura ocupacional: los empleos benignos (sector protegido) y los precarios (sector desprotegido). El gran segmento de ocupados desprotegidos no sólo está afectado por la precarización de sus ingresos, de la estabilidad del empleo y del ambiente y condiciones de trabajo (extensión, distribución e intensidad de la jornada laboral, etc.), sino también por una multiplicidad de condiciones contractuales (contratos temporales, a plazo fijo, de tiempo parcial, a honorarios, contrata, etc.) que incluso diluyen la propia relación laboral como ocurre con muchos subcontratistas, los trabajadores de pequeños talleres y a domicilio, quienes pasan a ser “proveedores de servicios” sujetos más a una relación comercial que a una propiamente laboral.

(c) Mercado de trabajo como reproductor de la desigualdad distributiva. La desregulación del mercado de trabajo ha estimulado cambios en los procesos de trabajo y regímenes salariales que han facilitado la imposición de la regla del “autofinanciamiento de los aumentos salariales”. Como se sabe, este mecanismo implica que el alza de los salarios se compensa con una reducción de costos lograda por aumentos de la productividad del trabajo, lo cual se traduce en que las mejoras de las remuneraciones no se financian redistribuyendo las ganancias sino simplemente extrayendo más rendimiento directo (más producción por hora de trabajo) e indirecto (menos gasto de materiales por unidad de producto) de la propia fuerza de trabajo que se explota. En consecuencia, a pesar que los ingresos de los ocupados puedan elevarse, la brecha entre remuneraciones y ganancias tiende a reproducirse; el mercado de trabajo, independientemente que existan políticas sociales compensatorias y sin contar los daños a la salud que genera la permanente pulsión a elevar productividad, reproduce día a día las desigualdades distributivas entre capital y trabajo.

(d) Mercado de trabajo como reproductor de las condiciones de pobreza. Para un gran sector de trabajadores los bajos salarios, las malas condiciones de trabajo y las escasas posibilidades de obtener especialización en puestos de mayor complejidad y nivel remunerativo, muestran como el propio mercado de trabajo, por una parte, impone un límite a las posibilidades de movilidad social ascendente, y por otra, dada

la precariedad de sus ocupaciones, aumenta el grado de vulnerabilidad frente a la estacionalidad, a los *shocks* coyunturales y a las tendencias cíclicas de la economía. La volatilidad de los pagos por trabajo -sean salarios, honorarios, tratos, pago de servicios u otras formas- y la inseguridad de los empleos, hacen que los ingresos de los trabajadores y sus familias sean una interrogante que impide planificar la vida mas allá del hoy ni menos imaginar una situación futura mejor que la presente. Si la precariedad impone un techo a la movilidad social, la vulnerabilidad asociada a ésta, en la medida en que ni siquiera asegura el propio empleo, menos garantiza la perdurabilidad de las mejoras que pudieran haberse obtenido en los momentos de bonanza. Además, la propia desresponsabilización del estado frente a la “cuestión social”, cuyo efecto principal ha sido la privatización del salario social (introducción de las reglas de mercado en la salud, previsión (jubilaciones), educación, servicios de utilidad pública), ha contribuido a reproducir y extender la precariedad del empleo y en consecuencia de las condiciones de pobreza para el gran segmento trabajadores nacionales o emigrados que vive entre el empleo y el desempleo: el stock de entrantes/re-entrantes cíclicos al mercado del trabajo.

3. El éxito estratégico de las clases dominantes: crisis de los sujetos sociales y políticos subalternos.

Hacia 1972-73 los trabajadores y el movimiento popular eran mucho más que una simple categoría estadística. En el caso particular de los trabajadores, no sólo tenían en común su condición de asalariados sino que, constituidos ya en sujetos sociales por las largas lucha previas, avanzaban rápidamente en su constitución como sujeto político, encarnando proyectos político-sociales fueran reformistas o revolucionarios. Un botón de muestra: los Cordones Industriales¹⁷ superaron en muchas ocasiones como movimiento social a los partidos políticos y su lucha se proyectó más allá de una pura cuestión económico-reivindicativa.

En muchos momentos la lucha de esos días mostró, citando el ejemplo anterior, que al menos el segmento organizado en Cordones adquiría una dinámica que forzaba a los propios partidos a ir más allá de sus definiciones tácticas, haciendo evidente que el **movimiento de trabajadores se convertía en un sujeto político no por tener un partido político sino por irrumpir en el ámbito de lo político**, en el ámbito del poder. En la época estas experiencias en breve tiempo se ampliaron muy rápidamente al conjunto del movimiento popular que incluso dieron paso a su caracterización como “embriones de poder popular”, de poder dual.

Solo cuando tenemos a la vista el desencadenamiento de un proceso en que el movimiento de trabajadores y popular emerge como sujeto político con potencialidades de disputar la dirección del mismo, se nos revela con toda claridad el carácter contrarrevolucionario del golpe y la profundidad de la dictadura militar chilena.

¹⁷ Formas organizativas *de facto* que surgieron frente a los paros patronales contra el gobierno de Salvador Allende y que coordinaban organizaciones sindicales y de trabajadores de diferentes áreas y empresas en función de su fijación territorial. Un análisis exhaustivo se encuentra en Franck Gaudichaud: *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano 1970-1973*; LOM Ediciones, Santiago, 2004.

¿Qué hizo la dictadura? Lo primero, reprimir al movimiento de trabajadores y popular para despolitizarlo y “gremializarlo”, y por supuesto, a los partidos políticos populares porque muchos de los militantes sindicales y del movimiento popular, así como también gran parte de la intelectualidad progresista, eran militantes activos de tales organizaciones. Lo que la dictadura hizo fue “barrer” con esa gran “**masa crítica**” constituida por los militantes político-sociales — *crítica* en el sentido de **ser política y socialmente** decisiva para la coyuntura del 73- para forzar al movimiento de trabajadores y popular a capitular pero sobre todo forzarlo a involucionar como sujeto político.

La contrarrevolución siguió un itinerario que partió con la represión abierta y masiva del movimiento de trabajadores y popular cuyo fin fue *despolitizarlo*; y luego, por medio del conjunto de transformaciones de la estructura social y económica, *desgremializarlo* para convertirlo en una categoría estadística. Si la máquina represiva de la dictadura buscó la muerte y control social, la ingeniería de los neoliberales buscó la atomización. Esto último, se tradujo en restringir al mínimo y finalmente diluir la existencia de la vida comunitaria expresada en sindicatos, gremios, juntas de vecinos, centros de estudiantes o de otras organizaciones, en la medida en que éstas fueron uno de los instrumentos –no necesariamente los únicos ni los más rupturistas - que facilitaron la reproducción de la identidad y conciencia de clase de los trabajadores y del movimiento popular durante los años anteriores al golpe.

Así, las dos primeras etapas de la contrarrevolución neoliberal conformaron el largo período de “**involución forzosa**” de los sujetos sociales y políticos obreros y populares; involución forzada por la represión directa al movimiento sindical y social, y luego, forzada por efecto de las transformaciones estructurales que se profundizaron en la década de los ochenta.

Este último efecto fue tan extendido que abarcó desde el movimiento estudiantil hasta diferentes segmentos de trabajadores, pasando por el movimiento campesino, poblacional y por otros movimientos sociales de tipo comunitario.

Por ejemplo, el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile, que tuvo una organización nacional por cuanto la Universidad era una institución única extendida por todo el país, fue capaz durante toda su historia anterior, de convocar paros cuyo carácter era inmediatamente nacional. Será la ley orgánica de educación superior (LOCE) que sigue a la constitución del 80, la que fragmentará la universidad convirtiendo sus sedes en las Universidades Regionales y con ello automáticamente fragmentando también al potencial movimiento estudiantil. Antes de la LOCE un solo rector, una sola autoridad, una sola contraparte en la negociación y administración del presupuesto, luego muchas autoridades, muchos presupuestos, muchas negociaciones inconducentes que han dificultado hasta hoy la organización de un nuevo movimiento estudiantil.

En el campo, las transformaciones estructurales en el agro harán disminuir hasta casi hacer desaparecer segmentos completos de campesinos. La contrarreforma agraria de la dictadura no sólo transformó a los campesinos en lo que podríamos llamar trabajadores asalariados del campo que pasaron a engrosar el ejército de reserva flotante para la agro-industria, la actividad forestal, etc., sino también pauperizó estructuralmente a los campesinos transformándolos en pobres rurales más que en

pequeños propietarios rurales tradicionales. Claramente la estructura de clases en el campo ha cambiado radicalmente.

En el caso de los trabajadores, la represión limitó el rol de los sindicatos que lograron sobrevivir, a una función puramente reivindicativa y asistencialista. Esto era coherente con el objetivo de obligarlos a involucrar desde su posición de sujeto político en desarrollo a sujeto social, limitándolos, en el mejor de los casos, a su rol de “cuerpos intermedios” a cargo de velar por intereses corporativos de pequeños grupos. Nunca plantearse - ni siquiera ocurrírseles- luchar como clase trabajadora ni por intereses generales de la sociedad. Mas tarde, la propia existencia de sindicatos estrictamente corporativos, molestaría a la patronal neoliberal que retomará la idea ultraliberal que los sindicatos son un mal para la sociedad por cuanto impiden el ajuste de los mercados, favorecen sólo a sus asociados y causan el desempleo y los bajos salarios de los no sindicalizados, o simplemente porque son corruptos.

Sobre la base de las aceleradas transformaciones de la estructura productiva y ocupacional, que significaron la cuasi desaparición total de ramas y ocupaciones - piénsese en el sector textil, automotriz, el carbón o en las empresas públicas privatizadas cuyos trabajadores ya ni cuentan siquiera como dato estadístico -, la *intelligentsia* desarrollará ingentes campañas abiertas y encubiertas, a favor del individuo y su “libertad de elegir”. Un movimiento de trabajadores debilitado y en retirada escuchará: “*Tu progreso depende de ti y no de los demás; olvida al resto y vela por tus intereses que nadie lo hará por ti*”.

Estas campañas, fundadas todas en la ética del individualismo, servirán a la patronal para impulsar ideológicamente una involución más profunda del conjunto del movimiento de trabajadores y popular: el paso del estado de sujeto social a la de una simple categoría estadística disuelta en empleo precario, en el consumismo, la apatía frente a la vida comunitaria y la conexión a la *matrix*.

Este proceso madurará hacia fines de los ochenta y dejará instaladas las condiciones para concretar una nueva relación entre propiedad, escasez y racionalidad a nivel ideológico, institucional y de las propias prácticas sociales. Así, la *contrarrevolución neoliberal chilena*, además de todas las transformaciones objetivas, ha tenido como efecto estratégico la desconstitución, debilidad, fragmentación de los sujetos sociales opuestos a la lógica del capital.

III. Chile 1990-2005. Una contrarrevolución neoliberal madura.

1. El carácter de la transición pactada. Hegemonía y legitimidad del neoliberalismo “rosa”¹⁸.

La Transición chilena iniciada con el plebiscito de 1988 y las elecciones presidenciales y parlamentarias del año 1989, se abrió paso por medio de una operación de ingeniería política cuya efectividad se muestra hasta hoy. Se trató de una alianza

¹⁸ Varias de las afirmaciones de este apartado se encuentran en R. Agacino: *El Chile neoliberal y el movimiento de trabajadores: buscando salidas*, mimeo inédito, octubre 2001, Concepción. Existe edición electrónica: Red de Economía Mundial, REDEM, www.redem.buap.mx.

táctica cuyo objetivo fue reconfigurar el **bloque el poder** dando garantías políticas al bloque dominante coyunturalmente derrotado en ese momento, y económicas, a aquel sector cuya base de poder y acción, se fundaba en el modelo económico neoliberal ya sólidamente instalado.

La ingeniería política de esta alianza, naturalmente, incluyó la decisión de desarticular a la oposición social y política más radical; ésta llegaría desgastada a la coyuntura y sería desplazada de las negociaciones clave de la transición. En el “pacto por arriba”, los “de abajo” nunca fueron actores de las negociaciones sino más bien un “argumento de fuerza”, una “amenaza” en manos de los sectores antipinochetistas que pactaban por arriba.

Aunque a esta altura del partido resulte superfluo, la pregunta que surgió durante los primeros años de la transición era: ¿se mantendrá o reformará el modelo económico de la dictadura?. En lo que a nosotros respecta, desde antes de la asunción de Aylwin y en los años inmediatamente siguientes, afirmamos que habría continuismo, que se trataría del mismo modelo y que el nuevo bloque en el poder nunca había manifestado su voluntad de modificarlo. Hoy día no cabe duda que se trata del mismo modelo por lo cual consideramos pertinente llamar al período iniciado en 1990 como la **etapa de la administración civil de la contrarrevolución neoliberal**. Se trata del mismo modelo con la notable diferencia que ahora no es administrado por militares y los *chicago boys* sino por los “chicos del neoliberalismo rosa”.

Desde 1990, serán estos “chicos” los que administrarán las tendencias de crecimiento económico que, más allá de toda duda, se fundan en el éxito de los ajustes estructurales de Büchi y el Banco Mundial. Serán ellos quienes, legitimados por los consensos por arriba y por abajo gestionados por los ingenieros de la transición y por el efecto de la gran afluencia de inversión extranjera que alimentará el ciclo expansivo iniciado a mitad de los ochenta, profundizarán el neoliberalismo en las más diversas direcciones. Sí, pues al momento al iniciarse el cambio de régimen, éstos se volvieron más papistas que el Papa y sin pudor alguno se dieron la voltereta del siglo respecto de su discurso anterior. De eso no todo el mundo se dio - o quiso darse - cuenta.

Al principio no; al principio la esperanza que la democracia significaría grandes cambios económicos era el sentido común. Se veía la posibilidad de pagar la deuda social, de cerrar la brecha de las desigualdades, de satisfacer todas aquellas demandas de los afectados por las reformas estructurales de la dictadura... Pero no, muchos a fuerza de desilusiones se fueron convenciendo de que la democracia significaba que el “mercado era el mejor asignador de recursos”, “la empresa, el motor del desarrollo” y “los empresarios, los grandes hombres del presente y el futuro”. Nosotros, “la gente” como nos empezaron a llamar desde ese entonces, debíamos seguir esperando.

Por supuesto, esta desilusión así como la profundización del neoliberalismo bajo la mano civil, significaron un duro golpe subjetivo para muchas de las organizaciones sociales existentes. La etapa de la administración civil del modelo será la guinda de la torta por su significado simbólico e influirá notablemente en el proceso de desconstitución a que ya hemos hecho referencia.

Naturalmente, la mantención del modelo neoliberal chileno bajo administración civil no se basó en una pura ilusión.

En primer lugar, Chile fue el primer país del sur que implementó esta reestructuración capitalista de largo plazo y lo logró completamente. En tiempos de Pinochet, lo hizo combinando lo que ninguno de los países del cono sur logró: dictadura en lo político, apertura y libertad de mercado en lo económico, “fascismo de mercado” como lo bautizó el nobel de economía Paul Samuelson. Y en segundo lugar cuando en los años noventa los sectores civiles antidictatoriales acceden al gobierno, dando paso a la “transición a la democracia”, se concretará un ciclo expansivo cuya base será precisamente la reestructuración capitalista antes enunciada. Los inspiradores de la contrarrevolución neoliberal, esta vez desde fuera del gobierno pero con una legitimidad ideológica y un entramado institucional y de poder económico sin precedentes, se mantendrán vigilantes y constituirán una “fuerza de facto” que definirá las reglas de la política económica de corto y mediano plazo.

Entre 1990 y 1997 el PIB creció a una tasa media del 7,6% por año, la tasa de desempleo media anual se redujo al 7,1%, la inflación promedio al 13% por año, las exportaciones en valor prácticamente se triplicaron y la inversión extranjera se multiplicó por siete en relación al periodo 1982-1989. La deuda externa, unos US\$18,5 mil millones que en 1988 representaban casi el 72% del producto de ese año, en 1997, si bien había aumentado a US\$29 mil millones, ya solo representó el 35% del PIB respectivo. Es el *boom* del modelo económico chileno, el momento en que se habla que la tasa de desocupación se acerca a la “tasa natural de desempleo” por lo cual habrá que importar peruanos, argentinos, ecuatorianos; es el momento en que el “modelo chileno” se exportaba masivamente al mundo pues mostraba que el neoliberalismo no era incompatible con la democracia y era una estrategia válida para avanzar al desarrollo.

Si bien el modelo entre los años 1997 a 2003 atravesó por un período de *ralentización* del crecimiento y de incapacidad estructural para generar empleos, hechos que reflejan un agotamiento de las fuentes de acumulación, de todas formas no ha entrado en períodos de crisis financieras como Perú, Ecuador, Bolivia, Argentina y otros países de América latina.

En la actualidad, si bien la deuda se ha más que duplicado respecto de mediados de los ochenta (de US\$ 20 mil millones a US\$ 44 mil millones), sólo representa el 48% del PIB, poco menos del doble de las exportaciones y las reservas internacionales en dólares cubren el 35% de la deuda total. Y para el futuro inmediato, dado que la economía viene recuperándose con fuerza de un ciclo de ralentización que la mantuvo con un crecimiento bajo (3,1% medio anual del PIB entre 1998 y 2004), una tasa de inflación baja y controlada (1% el 2004), un precio del cobre en alza (sobre US\$ 1,2 la libra durante el 2004) y un tipo de cambio levemente depreciado pero estable, no se vislumbran problemas de asfixia financiera ninguna.

La razón principal de la fortaleza de la economía chilena estriba en que todas las reformas y todos los costos sociales que ésta implicaban **ya se habían realizado y absorbido una década y media atrás, en condiciones de dictadura**. Y no es lo mismo iniciar privatizaciones o reducir estructuralmente el tamaño del estado y el gasto público e incluso devaluar la moneda interna, cuando existen sectores sociales

que pueden resistir en condiciones de libertad y democracia, por muy precarias que sean éstas, que hacerlo bajo contextos dictatoriales. Así ocurrió en el Perú de Fujimori y de Toledo, en el Ecuador de Bucarán y Gutiérrez, en la Bolivia de Sánchez de Lozada y en la Argentina de Menem y De la Rúa. En todos éstos países la contrarrevolución neoliberal, expresada en los ajustes de corto plazo tipo FMI y estructurales tipo BM, fue mucho **más tardía** y no es comparable con el caso chileno dónde esta fue más temprana y realizada bajo dictadura.

Considerando los últimos quince años esta situación contrasta con la trayectoria seguida por las economías latinoamericanas. Pero ¿cómo ha sido posible este cambio tan radical si el modelo económico vigente es el mismo que amplificó la crisis de la deuda externa de inicios de los años ochenta?

La razón es tan simple como compleja. La potencia del modelo chileno y su excepcionalidad, en gran medida sólo puede explicarse a partir de un hecho político clave: **la emergencia de una franja de las clases dominantes con visión estratégica que, frente a la crisis de los ochenta, logró anteponer a los intereses fraccionales el interés del “capital en general”**. Se trata del talento de un bloque dominante que logra simultáneamente construir hegemonía y las bases materiales necesarias cuyo éxito, finalmente, se medirá por la reconversión al neoliberalismo de la propia tecnocracia socialdemócrata. En efecto, será una suerte de “*neoliberalismo rosa*” el que retomará la posta y extenderá el proyecto neoliberal desde los noventa hasta nuestros días.

Sin embargo, desde otra perspectiva, la contrarrevolución neoliberal chilena, la más exitosa en América Latina, entrando ya a la cuarta década, permite anticipar los problemas estructurales que resultan de su aplicación completa. En Chile, la tremenda desigualdad del ingreso, la concentración de la riqueza, la sobre explotación de la fuerza de trabajo y los recursos naturales, la precariedad del empleo y el desempleo estructural **resultan del propio crecimiento y acumulación capitalistas y no del estancamiento o el bajo crecimiento**. En realidad, éstas características estructurales, incluida una reducción de la pobreza cuya perdurabilidad nadie asegura por la precariedad del empleo, han sido las condiciones para el logro del crecimiento acelerado¹⁹.

En el largo plazo y más allá de los ciclos cortos, la contra revolución neoliberal chilena muestra como la racionalidad neoliberal avanza agotando y destruyendo sus propias fuentes de crecimiento: el trabajo y los recursos naturales.

2. La coyuntura actual y el “cierre” de la transición política²⁰.

¹⁹ Véase R. Agacino, Chile: *Thirty Years After the Coup. Chiaroscuro, Illusions and Cracks in a Mature Counterrevolution*, *Latin American Perspectives*, Vol. 30, nro. 5, California, september 2003. Este trabajo amplia y actualiza los problemas anticipados en R. Agacino: *Cinco Ecuaciones ‘Virtuosas’ del Modelo Económico Chileno y Orientaciones para una Nueva Política Económica*, *Revista Problemas del Desarrollo*, N°112, enero de 1998, UNAM, México DF. Versión electrónica disponible en REDEM. www.redem.buap.mx.

²⁰ Los apartados 2 a 5 se basan en R. Agacino: *La izquierda desconfiada y la coyuntura política actual. Urgencias y problemas de la convergencia* en *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 3, noviembre 2005, Universidad ARCIS, Santiago.

Desde 1989 a la fecha son casi 17 años, prácticamente el mismo tiempo que duró la dictadura; desde entonces mucha agua ha pasado bajo el puente. Por ello, no es extraño que la acumulación de una serie de hechos políticos si bien no en oposición frontal con el ideario de la transición pactada, perfilen ciertas tendencias político-sociales cuya interpretación da paso a discusiones sobre cambios en las correlaciones de fuerzas y en la composición del bloque en poder, a un **cambio de periodo**.

En el ámbito de la política, las tendencias más relevantes podrían resumirse en:

- *La gradual pero sostenida decadencia del pinochetismo* en cuanto fuerza política, referente ideológico o simplemente como mafia policial que llegó a ostentar cierto poder hasta poco antes del encarcelamiento de Pinochet en Londres.
- *El fracaso del intento gremialista de dar continuidad histórica al “legado político-ideológico” de la dictadura más allá de la pura dimensión económica*. No pudo sostener a Pinochet como figura histórica ni tampoco concretar su estrategia populista por la vía del “partido popular”. Este fracaso corre paralelo a la frustración de la derecha liberal que intentó, sobre la base de la estabilidad y larga fase de crecimiento económico, superar el pinochetismo reconciliando libre mercado con la democracia liberal.
- *La escisión de largo plazo de la derecha económica y la derecha política*. Esta última, en medio de luchas intestinas entre integristas y liberales, pierde sostenidamente capacidad de representación única y natural de los intereses generales y específicos de las burguesías criolla y transnacional.
- *Derrota y cooptación de las corrientes de izquierda al interior del partido socialista*. La “neoliberalización” de las corrientes socialistas y socialdemócratas llega a su momento culmine con el gobierno de Lagos, pues como éste mismo afirmó recientemente: “también el socialismo está en condiciones de gobernar”, lo cual, habida cuenta de su rol de administrador del modelo, significa gobernar ajustado a los intereses del capital. El socialismo mostró empírica y directamente su efectividad como guardián y reproductor de las reglas de mercado; este éxito incluso hace cada vez más superflua la existencia del PPD por cuanto los socialistas ya no precisan disfrazarse con ropajes de pragmatismo como sí lo requirieron a inicios de la transición.
- *Aceleración del desplazamiento de la DC como principal partido del país*. Los factores que abrieron un espacio a un partido confesional ubicado en el centro político-ideológico han desaparecido haciendo patente que el viejo proyecto corporativo-centrista de la DC no tiene asidero en el Chile neoliberal de hoy. Ni el enfrentamiento este-oeste en lo político-internacional, ni la existencia de una clase media de sesgo corporativo -compuesta por la burguesía media y la pequeña burguesía propietaria y no propietaria- en lo económico-social, existen ya como condiciones de contexto que justifiquen un centro político como lo fue la DC. Es este vacío programático (y de representación) el que la DC no ha podido superar; precisamente el que el PS resolvió neoliberalizándose.

Estas tendencias muestran como la constelación de fuerzas políticas que pactó, inició y administró la transición ya no es la misma, o al menos, la actual disposición de fuerzas es significativamente distinta a la configuración original. Sea como fuere, éstas modificaciones corren en paralelo a una serie de cambios en la derecha económica criolla y transnacional (emergencia de nuevos grupos, semi extinción de otros, fusiones e incluso cambios generacionales en la dirección de los grupos económicos criollos) y en otras agrupaciones de poder (nuevo integrismo católico, cambios en la estructura de los jueces, del alto mando de las FF.AA., etc.) cuya re-configuración se vuelve más notoria en los últimos dos años.

Paradójicamente esta reconfiguración ocurre junto al lento desmoronamiento del movimiento de trabajadores y popular clásico sin que al menos, en compensación, haya ocurrido la anunciada emergencia de los “nuevos movimientos sociales”; éstos, como indicador, nunca han superado el umbral que marcó la candidatura de Manfred Max Neef (“los mosquitos”) a inicios de los noventa. Por cierto, lo anterior no significa que nada pase. Simplemente refleja que mientras las organizaciones tradicionales siguen en franco declive, **las iniciativas de construcción de nuevo tipo no han sabido hasta ahora arreglárselas para hacer sentir su voz en los espacios tradicionales de la política y/o politizar los espacios sociales en que se desenvuelven.**

Precisamente esta aparente esterilidad de las franjas activas de los sectores dominados es la que hace difícil concebir el conjunto de fenómenos descritos como un **cambio de periodo**. Generalmente un cambio de este tipo incluye, además, modificaciones en las correlaciones de fuerza entre clases dominantes y dominadas y no sólo cambios al interior de los sectores dominantes propiamente tales, como parece ocurrir en el Chile de hoy²¹.

Sea como sea, de todos modos la reciente elección de Michelle Bachelet como presidente, agrega un ingrediente crucial para la interpretación de las tendencias anteriores. Y esto porque Bachelet, *hija de un general*, reúne en sí la singular condición de víctima de las violaciones de los DD.HH. y a la vez miembro de la “familia militar”²²; porque Bachelet, *militante socialista*, enlaza a la izquierda “moderna” con la elite administradora del modelo legado por la dictadura, y finalmente, Bachelet, *primera mujer presidente*, legitima la política al mostrar que todos, incluidas las mujeres, tienen opciones en este país que avanza hacia el desarrollo. Así, la asunción en marzo próximo de Bachelet, no puede sino leerse como el **cierre simbólico de la transición**, su consumación por medio de un exorcismo público al “pecado original del neoliberalismo” de modo que, 32 años después, sutura los horrores que éste provocó y abre la puerta a un nuevo momento político²³.

²¹ Seguimos aquí la definición de Vasconi. Véase Tomás Vasconi, *Gran capital y militarización en América Latina*, serie Popular Era, México, 1978, pp. 13 a 17.

²² Alberto Bachelet, su padre, general de la fuerza aérea murió en 1974 a propósito de las torturas a que fue sometido por sus camaradas aviadores. El, así como otros muchos miembros no golpistas de las FF.AA. chilenas, fueron acusados de traición y encarcelados, torturados y asesinados. Luego de la muerte de su padre, Michelle junto a su madre Angela Jeria, asumieron la lucha en defensa de los DD.HH., motivo por el cual fueron perseguidas y torturadas en una de las casas de horror que mantuvo Pinochet: la Villa Grimaldi.

²³ La candidatura presidencial alternativa, la de Sebastián Piñera, también quiso coincidir con este exorcismo. En efecto, la figura del cierre simbólico de la Transición con Piñera candidato se reafirma por cuanto éste es capaz de encarnar una síntesis similar: un militante de derecha que no hizo la vista gorda con las violaciones de DD.HH. y

3. La coyuntura electoral del 2005 y las definiciones tácticas en la izquierda.

Probablemente una apreciación similar explica que las direcciones de la **izquierda confiada** plantearan que el escenario del 2005 inauguraría otro momento en la política chilena. Para ellas, este nuevo momento venía anunciándose por varios acontecimientos coyunturales previos²⁴ y debía materializarse con resultados electorales mas auspiciosos para la opción presidencial de Tomás Hirsch, candidato Presidencial del Juntos Podemos Más.

Si bien algunos sectores habían sido mas críticos respecto de las posibilidades de capitalizar los mayores niveles de movilización social y los resultados electorales en la elecciones municipales, el clima subjetivo predominante era que en el país había una potente fuerza social esperando una alternativa de izquierda.

Este mismo hecho, combinado con las tendencias más estructurales antes citadas, reforzaron el carácter crítico que también tuvo la coyuntura electoral del 2005 para las organizaciones sociales y político-sociales desconfiadas. Esto se expresa, por decirlo de algún modo, en un “doble tironeo” o interpelación surgida de la propia situación política actual y la percepción que de ella se tiene.

Por una parte, una interpelación que demandó la asunción de posición frente a la coyuntura electoral 2005 marcada, a diferencia de otras ocasiones, por el optimismo de una izquierda confiada que creía plausible regresar al juego democrático institucional y reeditar los históricos “tres tercios”. Y por otra, una interpelación “desde dentro” que obliga a la propia franja desconfiada a explicar y superar su impotencia para presentar una vía política alternativa más allá de la pura desconfianza. Esta autointerpelación es más angustiosa si se piensa que luego de década y media de ensayos de construcción, los esfuerzos desplegados no han logrado madurar en una alternativa propia, independiente y en contraposición a la institucionalidad política.

Cierto es que la reedición de los “*tres tercios electorales*” y el regreso al juego institucional democrático, añoranzas de la izquierda confiada, equivalen a reafirmar que el “lugar” privilegiado de la política es el espacio institucional formal, tesis nada

que llamó a votar NO en los Plebiscitos del 80 y 89; un magnate triunfador del modelo económico neoliberal pero a la vez con fuertes vínculos con el progresismo rosa y verde, y un personaje con multifacéticas relaciones familiares - padre y hermano de tradición la DC, un tío obispo, otro hermano parte de la farándula mediática, etc. Quizá lo mas significativo del rol jugado por Piñera es la disolución de la frontera *entre poder económico y poder político*, hecho que pone sobre el tapete el impacto de la oligopolización y centralización inéditas del poder económico en Chile. Este poder ya no requiere de representación en el ámbito político sino que irrumpe en él **manifestándose directamente, sin mediaciones**, tanto nacional como internacionalmente. Piñera emula a magnates como Gustavo Cisneros y Carlos Slim que prescinden de mediaciones partidarias e interactúan directamente con los estados.

²⁴ Movilizaciones del 13 de agosto 2003, derrota de Olivares en la CUT a inicios del 2004 y los resultados de las elecciones en esa central, en la FECH y en el Colegio de Profesores así como la movilización llamada por la CUT y la masiva marcha anti APEC del 19 de noviembre que abrió el Foro Social Chileno en ese mismo año. Finalmente, se adujo, como confirmación de este nuevo momento, el 10% que la coalición Juntos Podemos, JP, (conformada por el PC, PH, IC y otras organizaciones) alcanzó en las elecciones municipales de diciembre de 2004, y finalmente, volvió a fortalecerse con el masivo funeral de Gladys Marín, ex secretaria general y ex presidente del PC de Chile.

nueva pues -argumentaría la otra izquierda- “siempre el reformismo ha considerado ese espacio como el lugar de la política” en desmedro del espacio de las organizaciones de trabajadores y populares.

Sin embargo, éste raciocinio que repite la vieja oposición reforma-revolución o izquierda tradicional-izquierda revolucionaria, no se hace cargo de las *nuevas condiciones* del capitalismo y poco aporta para enfrentar con seriedad esa interpelación “desde dentro” a que nos referimos²⁵. El auto emplazamiento, la interpelación “desde dentro” no se resolverá apelando a lo mismo de siempre; ni menos si se trata de responder con seriedad al “doble tironeo” mencionado más arriba.

En una perspectiva de mayor plazo que aquel que impone la coyuntura, el “doble tironeo” se puede resumir en un único problema táctico: **¿en las condiciones actuales del capitalismo chileno qué “lugar” se privilegia para desarrollar (hacer) una política capaz de sentar las bases para la construcción de un sujeto y proyecto de las clases dominadas?.**

Hay por lo menos **dos respuestas** que se expresan en lineamientos tácticos alternativos cuyo desarrollo, sin embargo, es muy desigual.

Las fuerzas predominantes de la izquierda confiada han perfilado su respuesta fortaleciendo el sentido de su participación electoral y de negociación institucional en la perspectiva de su “regreso a la institucionalidad política”. Hacia allá han dirigido sus mayores esfuerzos y la menor o la mayor cercanía a dichas instituciones será el criterio de éxito de su lineamiento táctico. La racionalidad de esta táctica, que analizaremos mas adelante, consiste en acceder a las instancias legislativo-parlamentario para fortalecer desde allí a la izquierda y el movimiento de trabajadores y popular.

Pero también hay una respuesta en potencia. Esta puede deducirse del clima adverso a participar electoralmente que se vive en los diversos espacios sociales y político-sociales en que se reproduce la franja desconfiada. Sin embargo este sector –sobretudo el activo conciente de las implicancias políticas que derivan de las particularidades del capitalismo actual – es el más retrasado en dar consistencia táctica a su desconfianza y experiencia de construcción. La dispersión actual y la carencia de un análisis compartido que señale líneas de balance y perspectivas de los resultados de 15 años de intentos de conducción /construcción, han operado en contra de las posibilidades para dar paso a una visión y táctica comunes. Una convergencia de este tipo requeriría al menos una evaluación sincera del estado actual de las iniciativas asociadas a ésta izquierda, de su **fuerza efectiva y potencial**, sus **ideas programáticas**, la **composición de sus militantes** y la **forma** en que han encarado

²⁵ En ocasiones una verdad a medias oscurece más de lo que alumbra. En los primeros años de la dictadura parecía totalmente cierto y suficiente la afirmación que hacía la izquierda revolucionaria (la izquierda desconfiada de la época) que el golpe mostraba el fracaso del reformismo obrero. Sin embargo, el golpe y la contrarrevolución neoliberal, cuyo carácter no comprenderíamos sino hasta mucho después, contenía la derrota del reformismo obrero y también del reformismo burgués, del populismo y de las mismas corrientes revolucionarias. Conformarse con la primera evidencia – la derrota del reformismo obrero-, y utilizarla hoy para oponerse a la izquierda confiada e incluso insistir en la misma táctica de la izquierda revolucionaria de la época sin someterla a crítica histórica, es suponer que la realidad es inmutable y confundir la certeza en política con la verdad en religión: el verbo divino, revelado de una vez y para siempre.

los problemas de organización e intervención social y política. También poner sobre la mesa preguntas como: *¿Hacia dónde se encamina la delgada capa de militantes político-sociales y las organizaciones que conforman el activo? ¿Hay desarrollo teórico, social y político de esta capa? ¿Se trata del mismo activo de mediados de los noventa o hay nuevos componentes con diferentes visiones?*, etc.

Las respuestas a estas preguntas no pueden obtenerse sin considerar las tendencias que se detectan en el campo de lo político. Debemos actualizar nuestra mirada, escudriñar más el presente. Apelar a la dicotomía reformismo-revolución que se nos planteó en otros períodos y sobre todo bajo otras formas de funcionamiento del capitalismo, de poco sirven ahora para calibrar con precisión las opciones políticas de la izquierda confiada ni menos para dar sentido a las opciones tácticas de las franjas desconfiadas.

4. La izquierda confiada y el regreso a la política institucional.

¿Es que ya la más efectiva acción política posible es la acción electoral por cuanto permitirá acceder a instrumentos legislativo-parlamentarios mucho más eficaces para sacar del marasmo al movimiento de trabajadores y popular? ¿Es que, por tanto, la acumulación de fuerzas debe orientarse por los requisitos del juego electoral pues es el único modo de garantizar una participación exitosa en dicho juego?

La izquierda confiada responderá afirmativamente a ambas preguntas simplemente porque **no cree posible la apertura de un nuevo lugar desde el cual politizar la acción social**. Nos advertirá que es mejor volver al redil institucional por cuanto lo más consistente con la situación política actual es la lucha por la reconstitución de los tres tercios electorales y fijarlos éstos en los espacios de representación política.

En el imaginario de la izquierda confiada está el itinerario seguido por la izquierda tradicional durante el siglo XX: **la conquista paulatina de los espacios institucionales** desde los años treinta en adelante. Sin embargo, ese itinerario es irreproducible si tenemos en consideración que el capitalismo chileno actual en nada se parece al antiguo patrón de acumulación desarrollista y su estado de compromiso²⁶.

El desarrollismo logró –forzado por las luchas populares– tejer una red de vínculos que **extendieron el estado hacia la sociedad**. En efecto: por una parte, los propios partidos políticos intitucionalizados pudieron integrar a su militancia y hacer partícipe del **estado extendido** y sus beneficios a las franjas críticas de su fuerza electoral, y por otra, sectores mas amplios de las clases dominadas, bajo la promesa plausible de movilidad social vía políticas redistributivas, fueron cooptados en un pacto social democrático implícito.

La imagen es la siguiente: el estado de un lado, la sociedad de otro, en medio un *continuum* institucional que va entrelazando **lo estatal, lo público, lo gremial-**

²⁶ Una comparación entre los patrones de acumulación desarrollista y neoliberal se encuentra en R Agacino, *Acumulación, distribución y consensos*, PET, *Revista de Economía y Trabajo*, año II, Nro. 4, Santiago, 1994. Hay versión electrónica en www.redem.buap.mx.

colectivo y lo individual. Por ejemplo, en la agricultura, en educación, vivienda, salud, etc., la institucionalidad partía desde el Estado con un Proyecto de Desarrollo Nacional, seguía con los ministerios del ramo, pasando por las instituciones estatales sectoriales – ODEPLAN, CORA, INDAP, Centros Pedagógicos, Escuela Normal, JUNAEB, SERMENA, CORVI, etc.- hasta llegar a lo gremial –colegios profesionales, ANEF y demás organizaciones de funcionarios públicos, cooperativas y sindicalización campesina, SUTE²⁷, centros de alumnos, juntas de vecinos- y muchas otras organizaciones funcionales de diferente tamaño que acercaban al estado de una u otra forma a capas importantes de los sectores subalternos. La única excepción sería una franja creciente que irrumpiría hacia los años sesenta: **los pobres del campo y la ciudad.**

Hoy muchas de estas instituciones, las que perduran, son nombres vacíos de proyecto y representatividad. No tienen ni la fuerza ni ocupan el lugar estratégico que ocuparon en el diseño de construcción del estado de compromiso que permitió a los reformismos de todo tipo convivir durante décadas.

Esta imagen permite comprender el porqué de la concepción tan institucionalizada de la práctica política de los partidos de la izquierda tradicional chilena, concepción que fue fortaleciéndose paulatinamente en la medida en que el estado siguió extendiéndose. Su punto culmine, por supuesto, fue el momento en que la izquierda accedió al gobierno y dilató al máximo las instituciones del estado: el gobierno de Salvador Allende y la UP²⁸.

Si el capitalismo chileno actual, sus instituciones y sus lógicas de funcionamiento, marcharan en una dirección que permitiera imaginar que ese estado de cosas volverá, entonces, las respuestas de la izquierda confiada a las preguntas anteriores podrían ser plausibles, por lo menos hasta poco antes que comenzaran a aparecer los “nuevos pobres del campo y la ciudad”, esos que ya no tendrían lugar en el nuevo estado de compromiso. Pero en caso contrario, puesto que la lógica de la contrarrevolución neoliberal ha sido contraer el estado, disolver lo gremial-colectivo hasta dejar solo átomos individuales e instalar entre el estado y la sociedad **el mercado** con sus reglas, instituciones cautelares de **contratos y la propiedad**, y sobre todo instalando el sentido común del individualismo, entonces, la táctica del “regreso al espacio político – institucional” como lugar de construcción de un proyecto y un sujeto social y político independiente, se vuelve una ilusión. **Simplemente porque el estado ha sido vaciado de su capacidad constitutiva de “ciudadanía real”.**

Un estado cuya capacidad constitutiva de **“ciudadanía real”** ha sido significativamente limitada - por cuanto sus posibilidades de extenderse hacia la

²⁷ ODEPLAN, Oficina de Planificación Nacional; CORA, Corporación de la Reforma Agraria; INDAP, Instituto Nacional agropecuario; JUNAEB, Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas; SERMENA, Servicio Médico Nacional; CORVI, Corporación de Vivienda y Urbanismo; ANEF, Asociación Nacional de Empleados Fiscales; SUTE, Sindicato Único de Trabajadores de la Educación.

²⁸ Interesante es notar, sin embargo, que en este mismo proceso la extensión del estado enfrentó un límite externo: *los embriones de poder popular*. Estos, desde fuera del Estado y surgidos al fragor del conflicto de clases, se antepusieron al poder burocrático estatal aspirando a constituir una expresión autónoma del movimiento de trabajadores y popular en alza. Las clases dominantes por el contrario, en defensa de sus intereses, recurrieron a toda la institucionalidad estatal disponible más allá de la controlada por el gobierno: desde el derecho hasta la violencia estatal legítima administrada por las FF.AA.

sociedad han sido restringidas para ampliar el espacio del mercado-, explica porqué una táctica orientada a acceder a éste tiene una menor efectividad. Pero también, y esto es lo importante, permite descubrir un campo “libre” de construcción que no se puede sino enfrentar **politizando lo social**; se trata de dimensiones socioculturales y económicas de la vida social que, abandonada por las políticas públicas generales o universales, podrían acunar y desplegar un nuevo de tipo de acción política²⁹.

5. La izquierda desconfiada. Lo viejo, lo nuevo y sus posibilidades.

5.1. ¿Desde dónde evaluar nuestra experiencia?

Discutir la situación de la izquierda desconfiada exige comprender, antes de nada, la perspectiva desde la cual es posible someter a crítica nuestra experiencia y resultados. El solo hecho que seamos **constructores** y no **observadores** de los procesos sociales y políticos que intentamos comprender, nos pone en una situación de complejidad para calibrar objetivamente el devenir de los acontecimientos de los cuales somos parte activa. Pero **esta complejidad aumenta exponencialmente cuando además los propios constructores estamos en proceso de constitución**³⁰.

A pesar que sostengamos que en Chile el patrón de acumulación neoliberal se acerca a su madurez³¹, vivir en medio de un proceso de transición - un **cambio de fase** - nos obliga a reconocernos como “**sujetos de la coyuntura**”, de una “**larga coyuntura histórica**”. Y un sujeto de este tipo, a diferencia de aquél que opera bajo instituciones, reglas, prácticas e ideas ya fijadas, actúa en condiciones de complejidad superior por cuanto el riesgo de “subjetivizar excesivamente” la realidad es mucho mayor que hacerlo en situaciones “normales”. Cualquier constructor político-social corre el riesgo de su doble condición (observador y actor), pero todo se vuelve más complejo cuando se trata de situaciones de transición. En estas circunstancias, el **desarrollo de la conciencia de la realidad es concomitante al desarrollo del sujeto conciente**, es decir, el proceso de “toma de conciencia” de la coyuntura histórica corre en paralelo a la constitución del propio sujeto que, a propósito de su intervención en ella, se abre posibilidades y desarrolla capacidades colectivas para hacerse conciente.

Por lo anterior, los sujetos colectivos, enfrentados a esas coyunturas, portan limitaciones y potencialidades muy singulares que dificultan y facilitan las posibilidades de interpretar y desenvolverse en las circunstancias históricas en que luchan. Las *limitaciones* derivan del hecho que tienden a clasificar e interpretar las nuevas condiciones, aunque sea a pie forzado, con los recursos teóricos y discursivos

²⁹ Pero no todo es fácil: ese espacio “libre”, aquél al cual el Estado no llega con sus redes institucionales, ha sido copado por la lógica del mercado y su ideología. El individualismo y la desolidaridad, valores constituidos en el nuevo sentido común, operan como mecanismos de “cooptación cultural al neoliberalismo” que homogeniza subjetivamente sin alterar la fragmentación social originada en los cambios estructurales objetivos. Esta ha sido una arma mortal contra los ingentes esfuerzos que día a día se realizan por aunar voluntades, construir sujetos colectivos, es decir, “politizar lo social”.

³⁰ Una postura epistemológica que profundiza este problema y plantea las consecuencias políticas puede encontrarse en el sugerente trabajo de Hugo Zemelman, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, Siglo XXI, México, 1989. Primera parte, capítulo 1.

³¹ Véase R. Agacino, Chile: *Thirty Years After the Coup. Chiaroscuro, Illusions and Cracks in a Mature Counterrevolution*, *Latin American Perspectives*, Vol. 30, nro. 5, California, september 2003.

propios de otra fase, la anterior. Las *potencialidades*, por su parte, resultan de las exigencias prácticas que impone el vivir individual y colectivamente en esas nuevas condiciones; éste hecho elemental obliga a desarrollar recursos psicológicos, teóricos y discursivos originales y útiles para afrontar efectivamente esas circunstancias. Si se trata de sujetos colectivos compuestos por diversas “generaciones”, en estas coyunturas largas colisionan y se complementan dos sectores: los “**sujetos clásicos**” que interpretan y evalúan las circunstancias de acuerdo a su cercanía con los “hechos del pasado”, y los “**sujetos emergentes**”, cuya interpretación y evaluación se debate entre la temeridad de la ignorancia histórica y la audacia de la búsqueda y el descubrimiento.

En los cambios de fase, es decir cuando el capitalismo está transitando de una modalidad de acumulación a otra, los “sujetos clásicos” tienden a evaluar su fuerza en función de la capacidad de resistir tal transito, mientras los nuevos sujetos, los “hijos” de la propia transición, son más abiertos a evaluar sus avances a partir de las nuevas condiciones de las cuales ellos mismos son parte. Naturalmente esto depende de la profundidad de las transformaciones y de las características de las fuerzas sociales que las viven. Por ejemplo, en países en que la contrarrevolución neoliberal ha sido más tardía, los sujetos sociales clásicos –sindicalismo clásico, viejos movimientos campesinos o indígenas- ocupan un lugar crítico y predominan las **estrategias de resistencia**. Por el contrario, en aquellos países donde ésta ha sido más temprana, tales sujetos sociales han perdido protagonismo y en medio de una fragmentación social extendida, episódicamente se manifiestan brotes de rebeldías que anticipan la configuración de nuevos segmentos sociales cuyo éxito de mediano y largo plazo se ancla más a **estrategias de propuesta** que de resistencia.

Si hace dos décadas atrás no distinguir entre formas de lucha y contenidos programáticos condujo a la confusión entre “estrategia revolucionaria” y “vía armada” y costó comprender que también existe el “reformismo armado”, hoy ocurre algo similar cuando se caracterizan los movimientos político-sociales surgidos en las crisis de los países de contrarrevoluciones neoliberales tardías. Cuando nos preguntamos ¿por qué en las recientes luchas en Argentina, Bolivia y Ecuador, tan heroicos y efectivos manotazos del pueblo no han cristalizado en un nuevo poder capaz de abrir paso a una alternativa emancipadora?, o bien ¿porqué las cuasi insurrecciones populares, capaces de jaquear al Estado y sus instituciones, no devienen en estrategias de propuestas no capitalistas?, nos quedamos perplejos, casi tanto como cuando las masas comenzaban a apropiarse de las calles y los presidentes iniciaban cobardemente la huida³².

³² Un buen ejemplo es el discurso de una parte de la izquierda en relación al movimiento piquetero argentino. Esta sin más identificó a los piqueteros como base de un movimiento de nuevo tipo, revolucionario e incluso como prueba empírica de la existencia y potencialidad de esa equívoca categoría de “pueblo pobre, autónomo, autogestionario...” a la que se recurre como consuelo frente a la desilusionante posición del “sindicalismo clásico”. Sin embargo, disipada la bruma de los combates, quedó claro que a pesar de haber enfrentado violentamente al estado y volteado gobiernos, el movimiento piquetero no pudo avanzar más allá de la resistencia a la corrupción y a la política económica de De la Rúa y sucesores. Y no porque hubiese sido derrotado sino porque por su conformación –desempleados, subempleados y beneficiarios de subsidios municipales- sus demandas se reducían, para una gran mayoría, a una normalización de sus relaciones clientelísticas con las instancias municipales y del estado. Nada más aunque tampoco nada menos.

En nuestra izquierda desconfiada los “sujetos clásicos”, independientemente que operen bajo el nombre de orgánicas políticas viejas o nuevas, aún ejercen una fuerte influencia. Sin embargo, dada las nuevas condiciones impuestas por un capitalismo neoliberal maduro, su accionar enfrenta severas limitaciones en la medida que han quedado anclado a visiones y métodos de trabajo concebidos para otros momentos históricos.

Pero también en esta izquierda existe una franja organizada bajo la forma de colectivos que podrían asociarse – aunque no siempre- a sujetos sociales emergentes. Aquí perviven dos sectores. Por una parte, aquellos segmentos rebeldes de menor desarrollo político y organizativo y cuyo accionar, sea por inmadurez o ignorancia histórica, manifiesta muchas veces un subjetivismo fronterizo con la irresponsabilidad política, y por otra, los que podríamos concebir como los “constructores de nuevo tipo”, aquellos capaces de responder a las exigencias del hoy haciendo de bisagra entre pasado y futuro, es decir, proyectando la memoria como experiencia y estimulando la audacia del descubrimiento en la perspectiva del proyecto. Estos últimos, menos visibles, son aún una muy delgada capa en proceso de búsqueda y autoconstrucción³³.

Con todas las limitaciones que esto implica, creemos sin embargo que la perspectiva mas efectividad y justa desde la cual someter a crítica nuestra experiencia, es la que se ubica en esa delgada capa que se esfuerza por levantar alternativas al mismo tiempo que se constituye. Y si bien es útil una evaluación de la situación de la izquierda desconfiada y sus franjas centrada en lo “externo” y en las acciones que en relación a ese externo realiza, creemos resulta insuficiente. Insuficiente porque olvida volver la mirada sobre nosotros mismos escudriñando nuestras propias limitaciones y potencialidades, sobre una *experiencia* de la cual hemos sido sus diseñadores y actores.

5.2. La necesidad de un debate sobre la política y sus métodos.

Puestos en esa perspectiva, la franja de constructores de nuevo tipo está obligada a abrir, al interior de la izquierda desconfiada, **un doble debate** respecto del **carácter y ejercicio de la política** en la perspectiva de la construcción de sujetos colectivos autónomos.

El primero se refiere al problema de la **democracia como eje de la construcción de un sujeto colectivo**, y por tanto, sobre la concepción misma de la política.

Las “frangas clásicas” han entendido casi siempre la política como la disputa y ejercicio del poder como medio para dirigir los procesos en función de intereses dados. Esta visión, sin embargo, olvida una dimensión que no por menos épica es menos ardua e importante: **la unificación de voluntades, la construcción de consensos**; la construcción de sujetos colectivos y de proyectos. Por cierto enfrentando a las clases dominantes no queda mas que entender la política como disputa por el poder, pero hacia el interior de las clases dominadas, hacia nosotros mismos como sujetos

³³ Aunque el análisis no se refiere al carácter etéreo de las generaciones sino mas bien a franjas de militantes que comparten una experiencia y visión política similares, una metáfora permite afirmar que en nuestra izquierda predominan la senectud y la adolescencia políticas, y que tal vez sea ahora, cuando mas nos haga falta aquella capa de hombres y mujeres que conformaron la generación de los ochenta, los “actores secundarios”.

colectivos ¿debemos entender también la política como lucha por el poder, de unos contra otros?. ¿O tal vez –sin desconocer la inevitabilidad de las disputas internas- hacia dentro debemos privilegiar la política como medio de constitución de voluntades comunes, de consensos sobre definiciones estratégicas y tácticas y sobre el contenido de las propias prácticas?.

Cuando las franjas clásicas reducen la política a la sola dimensión de lucha por el poder y *trasladan* esa concepción, sus reglas y sus prácticas al “interior” de los procesos de constitución de los sujetos dominados, tienden a cerrar el carácter democrático de su constitución y sus proyectos. Y esto, como ha pasado en esta última década, abre un marco de relaciones contradictorias entre las diferentes franjas de la izquierda desconfiada. Las posiciones opuestas tales como conducción-construcción, verticalismo-horizontalidad, dirigentes-base, representación-participación, etc., entre las franjas clásicas y los “segmentos de los colectivos”, han sido su resultado más evidente.

Hacer un esfuerzo por concebir la política en un sentido más amplio –“hacia dentro” y “hacia fuera”, en su doble dimensión de conflicto y consenso- permitiría no sólo desentramar las relaciones actuales entre las franjas de la izquierda desconfiada, sino también anticipar ideas sobre la democracia en la perspectiva de la sociedad futura, alternativa al capitalismo, el socialismo.

El segundo debate, especialmente al interior de las franjas de constructores emergentes, se refiere a **las limitaciones del “basismo” como concepción del quehacer político**.

Como sabemos, la contradictoria relación entre los partidos y organizaciones sociales es de larga data y ha tenido momentos duros en la historia reciente. Sin embargo, la discusión en torno a este asunto no ha sido lo suficientemente extendida ni fructífera, y en franjas de la izquierda desconfiada se ha instalado una visión que resuelve falsamente el problema. Se clausura el lugar de los partidos y lo peor de todo, se tiende a disminuir la importancia de la organización y la necesidad de orientarse por objetivos claros, meditados y consensuados, afectando así la capacidad para asumir una intervención planificada y conectarse, al menos como contexto, con las dinámicas de la macropolítica.

Estas concepciones, generalmente ejercidas por segmentos de escaso desarrollo político, han derivado hacia concepciones y prácticas **espontaneístas** y/o **autorreferenciales**. En el primer caso, el espontaneísmo se expresa en una forma de enfrentar la acción política – movilizaciones, procesos de intervención y construcción política social- prescindiendo del análisis de la situación, sin objetivos de corto y mediano plazo y despreocupándose de los efectos de las acciones sobre las organizaciones, segmentos no organizados y la población de referencia. Si bien la falta de experiencia y formación respecto de los métodos de construcción, explican en parte la situación, también hay que considerar la existencia de una franja que cree que “los pobres”, el “pueblo llano” o las masas, son irracionales, temerarias o hedonistas. El lugar de la subjetividad es ocupado por el **subjetivismo** y la potencia comunicativa de

las acciones y métodos de trabajo se pierde en un sin sentido político de la acción por la acción³⁴.

Por otra parte, la auto referencialidad se manifiesta en una suerte de “instinto social” desarrollado por los pequeños grupos en defensa de la identidad propia, muy frágil y sistemáticamente golpeada por el sistema. Sin embargo ésta identidad “de base” – surgida como respuesta a la desestructuración neoliberal- si no se asocia a un proyecto político-social definido o no deviene en desarrollo superior de la conciencia - de clase, étnica o nacional- realimenta un “basismo” en cuyo interior **pesa más la biografía que la historia y la micro acción que la política.**

El “basismo”, bajo diferentes expresiones, a la larga, ha extraviado su razón original – la autodeterminación de las organizaciones sociales respecto de los partidos- pues al estimular prácticas sectarias, termina constituyéndose en otro mecanismo reproductor del archipiélago micro-organizacional hoy existente. Los esfuerzos de convergencia entre las diferentes iniciativas de construcción desplegados en los últimos años, han chocado de diferente modo, con el espontaneísmo atribuido a las “bases” o la autorreferencialidad en defensa equívoca de micro identidades.

Es obvio que si la izquierda desconfiada quiere pasar del puro testimonio a la efectividad práctica de su accionar, debe satisfacer la condición de toda construcción e intervención político-social: contar con una fuerza social y programática – esto es, con una fuerza política- proporcional a los objetivos propuestos. Así de simple; pero también así de difícil. Si bien se trata de aunar y consolidar fuerzas, estas fuerzas no son una propiedad mecánica de los sujetos sino manifestaciones de sus subjetividades - intereses, visiones, voluntades, juicios y prejuicios- marcadas por la biografías e historia recientes.

El “*dirigismo desde arriba*”, que traslada la lucha por el poder y sus practicas “al interior” de la franja cuando de lo que se trata es aunar voluntades y constituir espacios democráticos, y la “*obsesión intimista desde abajo*”, que improvisa y reproduce la micro fragmentación cuando lo que se requiere es sentido estratégico y ampliación de la masa crítica de constructores, han entrampado a la izquierda desconfiada ya demasiado tiempo.

³⁴ Ilustra esta idea la transformación que a través de los años han observado las acciones conmemorativas del 29 de marzo, el día del joven combatiente. Los valores asociados a la consecuencia, la entrega, la voluntad de lucha, la rebeldía esperanzadora que encarnaron Paulina Aguirre, Rafael y Eduardo Vergara, Mauricio Maigret y otros jóvenes, eso que podríamos denominar la *subjetividad del compromiso* y que el sistema combate bajo la carátula de terrorismo, paulatinamente se ha perdido hasta quedar prácticamente ausente de las manifestaciones. Y muy por el contrario, ese sentido profundo -ético y político a la vez- que a fin de cuentas explica la decisión personal de luchar asumiendo responsablemente las consecuencias hasta el final, debería relevarse difundiendo masivamente sus biografías, el sentido de sus luchas y el contexto histórico en que crecieron, desarrollaron y fueron asesinados. En ausencia de contenido, lamentablemente la pulsión temeraria se impone contra las opciones mas políticas existentes al interior de la misma franja, quedando al final solo huellas del enfrentamiento y objetos urbanos derruidos como testigos de un subjetivismo exacerbado, cuasi irracional, que el propio sistema potencia para criminalizar la protesta social. Toda acción desprendida de su fundamento ético y separada de su significado político, se transforma así misma en cáscara sin fruto, es decir, en un sin sentido (político) que profesa la acción por la acción. Y ello el poder lo sabe; por eso juega a la provocación.

El choque permanente entre ambas visiones, a veces velado, a veces explícito, solo puede develarse y superar abriendo el debate. Naturalmente el asunto es mucho más complicado pues las prácticas de las “franjas clásicas” o del “basismo” nos atraviesan a todos; cada una en su contexto, han sido respuesta a problemas específicos cuya resolución es insoslayable para las organizaciones políticas y político-sociales serias. La clave es abrir un diálogo franco y fraterno sobre nuestras prácticas y concepciones respecto del **carácter y ejercicio de la política**, por supuesto en la perspectiva de la construcción de sujetos colectivos autónomos y teniendo a la vista esta larga coyuntura histórica por la que atravesamos y de la cual somos todos partes en desarrollo.

IV. No hay otra: Avanzar hacia la convergencia y la construcción de una masa crítica.

1. El horizonte: los constructores de la unidad sujeto-proyecto³⁵.

Como ya hemos dicho, los principales problemas de la izquierda y su debilidad derivan del “momento histórico” que vivimos y cuyo carácter podría, brevemente, enunciarse como una **etapa de transición** del viejo al nuevo capitalismo de “entre siglo”³⁶. En medio de ésta, los agentes de la refundación capitalista lograron tempranamente constituir un bloque cohesionado de poder, un sujeto político dominante, pero manteniendo en suspenso la configuración *subjetiva* de los sectores dominados. En esta “coyuntura larga” *hay sectores sociales objeto de dominación pero no hay sujetos que, auto concientes de su condición de dominados, la impugnen colectiva, activa y radicalmente.*

Lo anterior no es extraño si consideramos el impacto ya analizado de la dictadura y la contrarrevolución neoliberal, y sobre todo, de las nuevas formas en que hoy la dominación se ejerce y realiza. Estos factores son casi suficientes para explicar *objetivamente* porque hasta ahora no existe una fuerza política rupturista capaz de operar en este nuevo escenario³⁷. Pero eso no es todo.

Es necesario agregar otros factores cuyo rol en el plano de la **subjetividad** es determinante. Mencionemos dos: primero, el derrumbe de las experiencias socialistas cuyo significado e implicancias aún ni la izquierda ni el propio movimiento de trabajadores y popular debaten profunda y fecundamente, y segundo, a un nivel más perceptible, la estrategia de **concertación social** (consensos) impuesta por los sectores dominantes desde poco antes de la asunción del primer gobierno civil, cuyos impactos disolventes aceleraron la atomización de las franjas organizadas de las clases y sectores dominados. El primero fue un dato de contexto que facilitó el segundo: ayudó a la aceptación confiada o resignada de la estrategia de los consensos por parte

³⁵ Las ideas presentadas en este y el siguiente apartado fueron expuestas originalmente en R. Agacino, *Comentarios sobre las estrategias de construcción política y social en el Chile de hoy*, mimeo, inédito, Santiago, 1998; versión electrónica en www.redem.buap.mx.

³⁶ No se trata esta vez de la **transición política** de la dictadura pinochetista a la democracia, tal y como utilizamos el término en los primeros capítulos, sino de un **cambio de fase**, es decir, de la transición de un patrón de acumulación a otro. Para una precisión teórica del concepto de fase véase referencia de Vasconi citada en nota 20.

³⁷ Al respecto véase apartado II.2.

de importantes segmentos del movimiento obrero y popular y de la izquierda confiada, legitimando y potenciando los objetivos desmovilizadores que explícitamente ésta buscaba. Y respecto de la crisis de las sociedades del este, debe reconocerse, que hasta antes de ésta, con más o menos críticas, el nombre de la sociedad próxima era **socialismo**; ese nombre prefiguraba en el presente el contenido más o menos preciso de las luchas por el cambio social, constituyendo un arma del espíritu para todas las fuerzas anticapitalistas fueran reformistas o revolucionarias.

La ausencia de una figura de sociedad futura, junto con los otros factores, influyó en la atomización y dispersión principalmente de las franjas más conscientes de los movimientos rupturistas. Pero lo más significativo, es que esta carencia agregó un sentimiento de desconcierto mucho más profundo y permanente. Hoy no sólo intentamos resolver teórica y prácticamente la pregunta *¿cómo los dominados se constituirán en sujetos del cambio?*, sino además, responder: *¿cuál será el carácter del cambio social por el que luchamos?* Esta debilidad es crucial para explicar porqué aún no se ha logrado romper con el suspenso, con la desconstitución subjetiva, de los sectores subalternos que mencionamos al principio.

Esta debilidad no puede reducirse a un puro revés táctico o estratégico, a una pura debilidad que se explica por una crisis de conducción, de dirección política u otra razón por el estilo. Al contrario; se trata de un problema mucho mayor que puede resumirse en el hecho que **la historia reciente aún no ha sido transformada en experiencia, en vivencia que, apropiada consciente y colectivamente por los dominados, permita transformar la memoria en proyecto.**

Sabemos por ello que queda un largo recorrido que hará que las preguntas apenas señaladas adquieran sentidos y respuestas mucho más precisas en el futuro. Pero, precisamente porque tal recorrido parece haberse *ya* iniciado en diversos sectores y por múltiples vías, es que desde una perspectiva política para el presente y futuro cercano, la formulación aproximada de tales preguntas permite fijar un **horizonte** hacia el cual orientar todos los esfuerzos **actuales** de construcción.

En las condiciones presentes este horizonte puede entenderse como una frontera entre dos sentidos temporales. *Desde el presente y como línea de llegada*, nos señala que el objetivo central de la construcción es la constitución de una **franja de constructores sociales y políticos** sin la cual es imposible siquiera imaginar alguna respuesta estratégica a las interrogantes antes planteadas. *Desde el futuro cercano y como línea de partida*, nos prefigura dicha franja como la **nueva masa crítica** cuya tarea será inducir -a partir de las potencialidades de la propia coyuntura histórica- la configuración de los explotados, excluidos y discriminados en una gran fuerza social y política capaz de pensarse a sí misma como sujeto portador de un proyecto de cambio social, esto es, como sujeto político.

Decimos *inducir* para resaltar la necesaria **disposición de intervención consciente** que debe caracterizar a los componentes de dicha franja, pero también, para señalar que su rol estratégico es **realizar lo que está ya en potencia** pero sin cuya participación solo por azar podría materializarse. Nos alejamos así tanto del puro *espontaneismo* como del *voluntarismo*, ambas tendencias muy presentes en los períodos de reflujos de las luchas obreras y populares tal y como nos ha ocurrido en los últimos años.

2. Tres fuerzas para una convocatoria intermedia.

Si el estado de desconstitución de los dominados plantea que los fines estratégicos para esta coyuntura larga consisten en terminar con tal suspenso, una visión del horizonte nos señala hacia dónde movernos tácticamente; hacia dónde estimular la acción de las diversas iniciativas de construcción en la perspectiva de un proceso de alcance mayor.

Mirado el asunto desde el largo plazo, se trata de una **convocatoria intermedia** que busca detectar y detonar las condiciones para que la masa crítica se constituya.

La constitución de una franja de constructores sociales y políticos la concebimos como un “acontecimiento”³⁸. Se trata de uno o varios momentos particulares de esta coyuntura histórica en los cuales se pondrá sucesivamente en juego todo el talento de los militantes políticos y sociales y sus organizaciones. Y será ese acontecimiento el que dará paso a la construcción de una alternativa política capaz de orientar y definir mucho más eficazmente lo que hoy nos resulta difuso.

Ahora bien, independientemente de la forma que asuma la constitución de esa franja, del carácter específico de la alternativa e incluso de las disputas por la conducción, la acumulación de tres tipos de fuerzas son determinantes: la **fuerza social**, la **fuerza teórica/programática** y la **fuerza política**, siendo esta última - *si la entendemos como síntesis de las dos anteriores* - la que marcará el curso futuro del proceso.

La idea de **fuerza social** se refiere a segmentos organizados que, pertenecientes a determinados sectores sociales, son reconocidos por éstos y por otros adyacentes como fuerza de opinión y lucha en torno a sus problemáticas relevantes. Por **fuerza teórica/programática** entendemos una visión de la realidad que, en cuanto sistematización de la experiencia propia y en conexión con la historia reciente y otras experiencias, es capaz de otorgar sentido al problema de la construcción y el cambio social. La fuerza social es la expresión de la **presencia y legitimidad** de un segmento organizado; la fuerza teórica es la expresión de la **potencia movilizadora** y la **verosimilitud** de una visión precisa pero abierta de la realidad y su transformación.

¿Y la fuerza política?. Es la **síntesis** entre la fuerza social y la fuerza teórica cuya emergencia y realización ocurre **en el campo de la acción**. Como síntesis, es una fuerza de cualidad distinta; no una simple unión entre segmentos sociales organizados y una visión de la realidad cuyos portadores podrían ser, por ejemplo, los intelectuales. Es una fuerza con existencia propia y real (*presencia*) que se concretiza por su capacidad convocante (*potencia movilizadora*) al lograr representar intereses de sectores sociales más amplios (*legitimidad*) que perciben las opciones programáticas propuestas como creíbles (*verosimilitud*). Por ello, siempre implica un salto de cualidad en la constitución del sujeto. Pero también, por emerger y realizarse en el campo de la acción, exige que los objetivos y caminos -legítimos, verosímiles y cuya potencia movilizadora se materializa en la presencia de segmentos sociales dispuestos a

³⁸ En el sentido que le asigna Helio Gallardo, es decir, un hecho que marca un punto de inflexión en el discurrir de las condiciones; se trata, en consecuencia, de un hecho “crítico”. Véase H. Gallardo, *Fundamentos de Formación Política. Análisis de Coyuntura*, DEI, 1988, Costa Rica,

asumirlos- sean puestos en relación directa con las posibilidades efectivas o potenciales relevantes a una coyuntura dada. Es decir, **la fuerza política es tal y no sólo ilusión, en la medida en que es capaz de definir objetivos y caminos susceptibles de transformarse en práctica política dadas las condiciones existentes.**

Así, si entendemos la fuerza política de este modo, resulta evidente que **lo orgánico** o la “fuerza orgánica que opera en el ámbito de la política” no puede confundirse con ésta; en nuestro caso, dadas las condiciones actuales de desconstitución subjetiva de los sectores sociales dominados, la fuerza política no puede sino entenderse como síntesis de un proceso de construcción de sujetos cuya primera manifestación, como hemos dicho, es esa masa crítica. Una orgánica vacía de sujeto no tiene sentido; la orgánica es el *medio* a través del cual esta masa crítica constituida se articula, y luego, un *medio* por el cual el sujeto colectivo se manifiesta como sujeto político.

En este contexto, el carácter general de la convocatoria necesaria para la coyuntura histórica consiste en una **invitación a un esfuerzo colectivo que contribuya a la construcción de una franja de constructores sociales y políticos.** Esta franja conformará, en el futuro próximo, la **masa crítica** que deberá asumir la tarea estratégica de abrir un **nuevo horizonte**: dar paso a la configuración de los dominados como fuerza social provista de un proyecto de nueva sociedad, como sujeto político. En ese sentido, es una convocatoria intermedia que invita a asumir la tarea de construir “*los constructores de los constructores*”.

Toda experiencia de construcción actual, reconociéndose como patrimonio de las luchas de los trabajadores y populares, debe ensayar respuestas provisorias y abiertas cuya singularidad se acople a las otras apelando a una lectura común de la coyuntura histórica. Son y serán respuestas y una lectura provisorias; sí, pero al menos dibujarán un horizonte hacia el cual orientar el trabajo y contribución colectivos.

3. Abriendo espacios para la convergencia: un proceso de diálogo organizado y eficiente.

Lo anterior obliga a plantearnos la necesidad de juntar voluntades para estimular el encuentro entre las diferentes franjas de la izquierda desconfiada. Abrir el diálogo. Este podrá ser paralelo, bilateral o multilateral; cada cual con quién más confíe o tenga mayores afinidades. Da lo mismo, si la perspectiva es inaugurar un proceso que culmine con un debate abierto, franco, fraterno en que las diferentes experiencias se busquen para crear palabras e ideas, métodos y vínculos, tareas y perspectivas, comunes. Se trata de decir y pensar, aplicar y desarrollar, definir y compartir posibilidades para configurar la *masa crítica* sin la cual no podremos torcer la tendencia que vive hoy la izquierda desconfiada y el movimiento de trabajadores y popular.

Experiencias de espacios de debate existen. Por citar algunas, las más recientes han sido los “*Encuentros de Iniciativas de Construcción*”, instancia originada como respuesta a la necesidad de un debate mas amplio manifestada por los participantes

de las *Escuelas de Verano* que anualmente organizan los CC.TT.³⁹ junto a otros colectivos.⁴⁰

El octubre del año 2002, respondiendo a dicha demanda, se constituyó un Comité Organizador conformado por militantes de base y numerosas personas dispuestas a cooperar y participar de instancias de convergencia entre esfuerzos de construcción no tradicionales. Así, con el apoyo de organizaciones sociales y colectivos de Santiago y regiones, se convocó al *Primer Encuentro de Iniciativas de Construcción* que se realizó en la Universidad Bolivariana los días 17, 18 y 19 de enero de 2003. Al año siguiente, en función de una evaluación de los resultados del primer encuentro, se decidió realizar conjuntamente la *IV Escuela de Verano y el II Encuentro de Iniciativas de Construcción*. Ambas actividades se efectuaron los días 15, 16 y 17 de enero en el Paraninfo de la USACH, en Santiago⁴¹.

Los Encuentros, aún cuando se trabajaron con metodologías y objetivos específicos diferentes, fueron concebidos con el propósito de “*abrir y legitimar una instancia capaz de estimular un debate serio, amplio y eficiente entre las diferentes organizaciones políticas, sociales y de trabajadores en torno a las experiencias de construcción*” teniendo como fin “*hacer madurar el surgimiento de alternativas discursivas, programáticas, organizacionales y de movilización frente al neoliberalismo imperante*”⁴².

Tales propósitos se acompañaron de ciertas “ideas claves” cuyo sentido fue definir un **marco ético** para la participación como también para orientar la metodología de trabajo. Tales ideas fueron⁴³:

- **Crear una instancia legítima.** El *Encuentro de Iniciativas* debía ser reconocido por las organizaciones participantes como un *legítimo espacio de encuentro* destinado estimular y cautelar el diálogo entre iguales en derechos y responsabilidades en la perspectiva de producir una síntesis de más de una década de construcción social y política.

³⁹ Los *Colectivos de Trabajadores, CC.TT.*, es el nombre de una organización fundada en 1999 por jóvenes trabajadores provenientes de diferentes sectores productivos y de servicios que se dieron a la tarea de contribuir a la reconstrucción del movimiento de trabajadores en Chile. Sus ideas principales giran en torno recuperar la centralidad del trabajo respecto del capital, ampliar el concepto de trabajo incluyendo la producción y trabajo inmateriales, reevaluar el movimiento sindical entendiéndolo como una expresión particular del movimiento de trabajadores propia del capitalismo desarrollista, y derivado de lo anterior, asumir la tarea de ensayar nuevas formas de organización colectiva adecuadas a las condiciones de trabajo flexibles y fragmentación productiva, frente a las cuales hoy el sindicato, como forma clásica de organización, presenta severas limitaciones para segmentos mayoritarios de trabajadores. Mayores antecedentes en www.cctt.cl, sección “documentos”.

⁴⁰ Entre 1999 y la actualidad se han realizado seis Escuelas de Verano. A partir de la segunda, cada actividad ha recordado a una mujer u hombre militantes: II Escuela, enero del 2001, en memoria de Maria Galindo; III Escuela, enero del 2002, en memoria Patricio Sobarzo; IV Escuela (y II Encuentro de Iniciativas), enero del 2004, en memoria de Juan Olivares; V Escuela, enero 2005, en memoria de José y Araceli Romo, y finalmente, la VI Escuela de enero del 2006, dedicada a José (pepone) Carrasco y su hijo Luciano. El año 2003 la Escuela fue suspendida a objeto de concentrar esfuerzos en el Primer Encuentro de Iniciativas.

⁴¹ Un detalle del programa y la metodología del *II Encuentro de Iniciativas de Construcción* puede revisarse en www.cctt.cl sección “memoria y acción”. Los acuerdos del II Encuentro así como el programa y metodología del *I Encuentro*, que fue concebido de una manera diferente al segundo, puede solicitarse a cctt@cctt.cl.

⁴² Véase la *Convocatoria al I Encuentro de Iniciativas de Construcción*. Ver www.cctt.cl sección “memoria y acción”.

⁴³ *Ibidem* nota anterior.

- **Realizar un debate serio, amplio y eficiente.** *Serio* porque debía responder a la profundidad de los objetivos asumiéndose responsablemente; *amplio* porque incorporaba la mayor parte de las experiencias de construcción anti-neoliberales ensayadas en esta última década; *eficiente* porque apuntaba a avanzar en niveles de síntesis que permitieran concordar un sentido común, planteamientos programáticos, redes organizacionales e iniciativas de acción colectivas.

- **Generación colectiva de alternativas.** A este respecto se proponía generar **alternativas discursivas** orientadas a construir un lenguaje y estética común y nuevas con una perspectiva opuesta al sentido dominante; **organizacionales** por la necesidad de construir vínculos más permanentes y efectivos para organizar y potenciar los esfuerzos micro y sectoriales; **programáticas** dada la urgencia de pasar de la resistencia a la propuesta en torno a los derechos generales que reivindicamos y al modo de vida a que aspiramos; y de **movilización**, pues, se declaraba que ningún derecho será reconocido por la gracia del capital y de los sectores dominantes ni menos cambiar el estado actual sin actuar y avanzar decididamente en la construcción de una gran fuerza colectiva⁴⁴.

No obstante lo anterior, ambos encuentros se diseñaron con objetivos específicos y metodologías de trabajo distintas. El primero se pensó como una asamblea convocada a debatir *metódicamente* sobre un conjunto de ejes principales a cargo de orgánicas políticas y político-sociales (*talleres centrales*) más una serie de temas que, propuestos por las propias organizaciones y personas participantes (*talleres autogenerados*), se suponía servirían para precisar coincidencias y discrepancias entre las franjas de la izquierda desconfiada y las organizaciones tradicionales. Sin embargo, los resultados estuvieron lejos de esas intenciones. Particularmente, se constató que **la fragmentación que nos afecta se explica más por el ejercicio de ciertas prácticas defensivas que por posiciones políticas claramente definidas**, así como también, se verificaron las enormes limitaciones que nuestras organizaciones tienen para realizar un debate metódico que supere el puro intercambio del anecdotario⁴⁵.

La fraternidad vivida y el éxito de convocatoria alentaron un segundo encuentro, pero que por las razones antes señaladas, se organizó con un perfil diferente. Esta vez se llamó a poner en común y evaluar los trabajos de las propias organizaciones en grupos de debate sectoriales (trabajadores, pobladores, estudiantes, cristianos, etc.), para en un segundo momento, avanzar en diagnósticos transectoriales (participantes de diferentes sectores en búsqueda de problemas comunes), y de ahí saltar a la **elaboración de propuestas y la adopción pública de compromisos** que aportaran a la convergencia. También en esta ocasión los resultados fueron controvertidos, principalmente porque la preparación y comprensión del carácter del encuentro y de la participación, no fue asegurada por los responsables de la organización y convocatoria.

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Aunque se previó este problema y se dispuso de un grupo de apoyo pedagógico a las organizaciones que lo solicitaran, no fue suficiente. La experiencia reveló una vez más que la formación es una tarea central de la construcción y los educadores populares una franja estratégica para este proceso, especialmente si a lo que aspiramos es constituir un sujeto colectivo autónomo, protagonista de su presente y futuro.

Las opciones y sus resultados, sin embargo, no son sino un camino de “ensayo y error” que inevitablemente recorre todo “**sujeto de la coyuntura larga**”, ese que a la par que comprende su presente debe superar sus propios límites para constituirse como tal. Lo importante ha sido, sin embargo, que ahora, cuando urge desentramar a la izquierda desconfiada, tenemos al menos dos experiencias conocidas por un número suficiente de militantes del activo y a las cuales podemos recurrir para imaginar formas y metodologías más efectivas y adecuadas.

Es necesario aunar voluntades en esa dirección y dar paso a la preparación de un nuevo *Encuentro de Iniciativas de Construcción*. Si bien su contenido preciso habrá de ser definido por los convocantes, quizás esta vez deba llamarse directamente a debatir *sobre las posibilidades, condiciones y disposición para levantar una alternativa política* que aglutine al menos a las franjas más afines de la izquierda desconfiada⁴⁶. Los resultados de los dos Encuentros anteriores así como la trayectoria seguida por la franja de colectivos, sugieren la necesidad de dar un salto político en los esfuerzos de convergencia.

En el caso particular de la izquierda desconfiada **organizada en colectivos**, la experiencia parece indicar que éstos, **los colectivos**, como expresión organizativa e instrumento de construcción de sujeto, agotan rápidamente su potencial si reducen su práctica a la **micropolítica** y no saltan a niveles de referencialidad mayores, sino arriesgan y se disponen a elaborar una identidad programática y política transversal y de mas alcance. Hay conciencia de este fenómeno, por lo cual es posible, ahora y no mañana, impulsar la idea con las franjas más cercanas.

No es necesario pensar en un momento único; también en un proceso con fases intermedias - conversaciones, actos, micro asambleas, movilizaciones y acciones comunes- en la perspectiva de culminar en un futuro próximo en la construcción de una **instancia político-social** que recree lo mejor de la experiencia y saberes acumulados durante estos años.

Hay que desatar este proceso, echarlo a andar. Un proceso abierto a las iniciativas de cada organización o grupos de militantes del activo pero todas orientadas por la fraternidad y búsqueda de confluencia de los cientos de esfuerzos que se realizan día a día. Si logramos abrir un espacio de debate, de convergencia cuyo “lugar” natural sea el de las organizaciones populares y de trabajadores, entonces estaríamos abriendo por fuera de la institucionalidad, una pequeña cabeza de playa en ese espacio que hoy llena el mercado y el sentido común dominante.

Rafael Agacino
Santiago, 23 enero de 2006.

⁴⁶ Este llamado parece prosperar: un pequeño pero significativo número de colectivos, militantes político-sociales y personas afines, concordaron una agenda temática provisional del diálogo y el 21 de enero del 2006 dieron inicio al proceso denominado *Encuentros por la Convergencia*. Paralelamente discurren otros procesos de convergencia entre organizaciones más bien clásicas que avanzan a diferentes ritmos en niveles de coordinación e incluso fusión orgánica. La necesidad de la convergencia flota en el ambiente.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2006 